HEROES ESPACIO

BRUGUERA

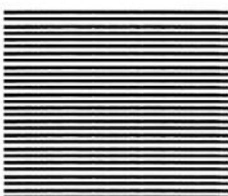
BOLSILIBROS

FUTURO

MIL AÑOS DESPUES

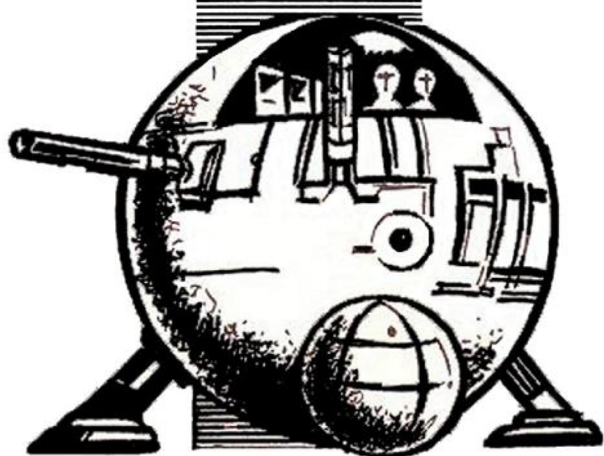
FRANK CAUDETT





héroes del ESPACIO





ECSA

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

194 — La astronave fantasma, Joseph Berna.
195 — Pánico en las estrellas. Curtís Garland.
196 — El defensor anónimo. Rocco Sarto.
197 — Supervivencia. Ralph Barby.
198 — Destructor de mundos, Clark Carrados.

FRANK CAUDETT
Mil años después

Colección
HEROES DEL ESPACIO.° 199 Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
CAMPS Y FABRES. 5 BARCELONA

ISBN 84 02 0Q28) O Depósito legal: B. 42.697-1983
Impreso en España Primed in Spain
I ª edición en España: febrero. 1984 1.ª edición en América: agosto. 1984

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Brugüera, S. A. Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1984

INTRODUCCIÓN

—No se lo van a creer, seguro —anunció, con ademán y expresión resueltos, el licenciado en futurologia Hai Balsan.

—¿Por qué? —preguntó, evidentemente sorprendido y puede que hasta contrariado, su ayudante y futurólogo también, Dustin Warden.

--Porque nunca han tenido fe en nada de lo que nosotros estamos haciendo —aseveró el de los largos cabellos nevados, ojos grises de cansada luminosidad, piel rugosa, delgado y alto de encorvadas espaldas. Insistiendo, abatido—: Nunca.

—¿Qué pintamos entonces aquí? ¿Para qué, pues, mantener todo este tinglado? ¿Por qué razón invertir en el CEIF un presupuesto cuantioso como el de cada ejercicio?

Hai Balsan, ahora, sonrió contemporizador. Hasta comprensivo podría decirse.

—Ustedes los jóvenes, Dustin, respiran idealismo por todos los poros de sus naturalezas. Exultan vitalidad, lógico, y a la vez rezuman altas dosis de optimismo...

—Olvídese de la retórica, licenciado —terció, hosco el semblante, Dustin Warden.

El otro, bastante más viejo y por tanto más sabedor de las cosas de la vida, lo mismo que si no hubiera advertido la conminatoria interrupción de su joven colaborador y auxiliar, prosiguió:

—... son terriblemente atrevidos y temerariamente inconscientes. Fáciles de convencer también. E inexpertos en función de su misma juventud, a causa de la cual se fijan a veces más en las hojas que en el bosque. Aquéllas no les dejan ver éste. Retórica, sí... —movía el licenciado Balsan, con pesar, su nivea cabeza—, retórica... ¿Por qué mantienen este tinglado? ¿Por qué invierten millones en él, anualmente? Muy sencillo, Dustin: porque quieren rizar el rizo del vanguardismo frente al resto de países de la ATNAD (1). Somos el lujo más caro que puede permitirse la «mujer» más sofisticada del universo... y nada más. Unidad es una palabra que para nuestro Gobierno no está reñida con el término ostentación de poder. Y esa ostentación puede ser simplemente económica, científica o bélica. Mantener las estructuras de una organización como ésta, como nuestro CEIF (2), es una variante cualquiera de esa ostentación de

poder que nuestro Gobierno, el de la República Federal de Nortiberoamérica, puede financiarse de cara a los demás gobiernos de la ATNAD. Porque a esos otros países siempre les quedará la duda acerca de lo positivo de nuestra labor, sobre nuestros descubrimientos...

—Ha dicho usted un... ¿lujo?

—Más o menos, Dustin.

---

(1) En ei año 2237. época de la historia de la humanidad en que transcurre la acción del presente relato, esas siglas significarán: Alianza Terrestre de Naciones Alienadas y Democráticas. (N. del A.i

(2) También por aquel entonces esas cuatro letras resumirán: Centro Experimental de Investigaciones Futuras. (N. del A.)

—¡Pero acabamos de constatar la positividad de nuestra labor! ¡Se ha producido el sensacional descubrimiento, licenciado!

—Ya le he dicho al principio que no se lo creerán. No creen en nada de lo que pueda conseguirse a través de nuestras técnicas. Son, según ellos, opciones para visionarios o locos. Insisto, mi joven amigo..., nos tienen aquí metidos, nos dan techo y buena comida, nos toleran como un mal menor y punto.

—¿Debo interpretar entonces, o deducir de sus palabras, licenciado, que piensa mantener en secreto nuestro descubrimiento? —preguntó, casi temeroso de acertar, Dustin Warden, el inquieto pelirrojo de extraños ojos oscuros, negros como ala de cuervo en contraste sorprendente con el rojo chillón de su anárquica pelambrera, ágil y esbelto en lo físico, despierto de mente, inquieta la expresión y vivo de lengua en ocasiones.

El otro, director para más señas del Centro Experimental de Investigaciones Futuras, inclinada la cabeza e introvertida la pose ahora, se mantuvo en absoluto silencio.

Durante casi dos largos e interminables minutos.

—No... —dijo al fin, rompiendo su propio mutismo. Para añadir en los instantes siguientes—: Pienso que no sería justo guardar silencio acerca de nuestro importante avance. Nosotros, ahora, somos los únicos de la Tierra que sabemos que dentro de mil años..., que mil años después de la era que estamos viviendo se producirá, prácticamente, el fin. Que la extinción casi total del hombre como ente pensante está, muy lejos para unos, pero a la vuelta de la esquina para quienes tenemos otra concepción del tiempo.

—Sigo insistiendo, de todas formas, en que es usted un místico de los retorcimientos filosóficos.

—Al igual que hace muchos siglos, en éste, el fin justifica los medios. Los sigue justificando, Dustin.

Se abrió entonces la puerta de la estancia merced al sistema fotoeléctrico que conseguía se esfumara un pedazo de pared, hueco por el que un hombre bajo, calvo, adiposo y grasiento, tuvo acceso al lugar.

Fue hacia ellos con una sonrisa colgada de su porcino labio inferior.

—¿Progresos, profesor Lawson? —inquirió, sonriente también, el director del CEIF.

Elliot Lawson asintió contundente, anunciando:

—El «Pasillo del Tiempo Futuro» es prácticamente un hecho, licenciado. Se halla listo para su… —hizo un alto fugaz e intencionado, para descargar instantes después—: ¡Utilización!

—¿Quiere eso decir que podemos enviar a quienes resulten elegidos… a mil años después de nuestra era? —preguntó, trémulo de excitación, el pelirrojo ayudante del primer cerebro del CEIF.

—No se me ocurre que pueda querer decir otra cosa…

—¡Aleluya! —estalló, loco, ciego de alegría, Warden—. ¡Seremos los salvadores del mundo! ¡Cuánto daría por poder internarme yo por ese pasillo!

El recién llegado, mirando a Hal Balsan con un atisbo de irónica complicidad en sus pupilas, preguntó:

—¿Qué es lo que come ese joven, licenciado? Exulta optimismo hasta por la raíz de sus explosiones pelirrojo-capilares… ¡Ya le dije que no era prudente dejar que los niños se acercasen a nuestras investigaciones!

—¡Profesor Lawson! —estalló, congestionado por la rabia en aquel momento Warden-—. ¿No cree usted que se está pasando? ¿Y no cree también que se pasa en función de que su edad caduca y su mente trasnochada no le permiten estar a la altura física y lógica de un hombre joven que…?

—Por favor, Dustin —intervino muy a tiempo Ha! Balsan—. Elliot sólo bromeaba…

Se iluminó en aquel momento la pantalla de worlds-cope que ocupaba las dos terceras partes de la pared frontera de la estancia. Apareciendo en ella el bellísimo rostro de una hembra exuberante, que anunció:

—Licenciado Balsan, le transmito imágenes desde la UMREC (1). Tiene en visión al doctor Crawford.

Oportuna aquella interrupción. Contribuía a aliviar el chispazo tenso habido entre Lawson y Warden apeando a Balsan de su incómoda tarea de mediador. El número uno del CEIF ladeó la cabeza para centrar sus pupilas en la pantalla lumínica que ahora ofrecía la faz de un cincuentón de largas hebras azabache y expresividad resuelta.

—¡Hola, Eddie! —le saludó Hal—. ¿Qué tal las cosas por ahí? ¿Te has casado ya con una de tus inteligentes computadoras?

—Estoy estudiando la posibilidad, decano —sonrió el que se encontraba en la UMREC, ubicada en Washington Central. Preguntando, mordaz también—: ¿Cómo no te has largado ya al futuro a bordo de tus logísticas adivinanzas?

—Porque me siento muy a gusto aquí, en Washington Extra. ¿Qué pasa, Crawford? Mucho me estás retrasando la noticia, ¿no?

—Sólo por aquello de que lo bueno se hace esperar, Hal. Ya tengo respuesta a la interrogante que planteabas.

—No sabes con qué atención te escucho, compañero.

—La «Electromax» arroja una lectura definitiva al respecto. Son tres las personas seleccionadas por su escrupuloso cerebro de alambres para ese traslado a mil años después. Dos hembras en principio: Violeta Rivas, licenciada en cibernéticas, psicóloga, socióloga y doctora en psiquiatría. En los últimos tests que se le han efectuado arroja un coeficiente mental 120 esferas superior al del ser humano medio. Es negra..., puedo suponer que mil años después se habrán superado totalmente los síndromes racistas, ¿no? Negra y muy hermosa, ¡que todo hay que decirlo! Hija de un dominicano descendiente de españoles y una norteamericana de California. La segunda se llama Kiowa Young, es cobriza..., una auténtica eminencia con la piel color cobre, por cuyas venas corre sangre pura de la casi extinguida tribu india kiowa. De ahí su nombre, supongo. Desde una perspectiva profesional, además de inteligentísima, es astróloga y futuróloga. Colega tuya, Hal...

—¿Y desde la vertiente humana, Eddie Crawford?

Sonrió picaro el rostro que asomaba a la pantalla.

—Si por humano entendemos lo físico —anunció, ampliando la sonrisa—, es una hembra de muerte. Que puede ocasionar la muerte, quiero decir, de cualquier espécimen macho cuyo corazón no se desenvuelva dentro de unas coordenadas de poder medianamente aceptables.

---

(1) Unidad Matemática de Resultantes Electrónicas y Computadas. (Nota del Autor.)

—¡Ya será menos! —estalló el pelirrojo, interviniendo por primera vez después del cabreo experimentado con Elliot Lawson, relamiéndose, eso sí, la bigotada, al imaginar cómo podía ser Kiowa Young.

—Una auténtica maravilla femenina —-lapidó el que les hablaba desde la Unidad Matemática de Resultantes Electrónicas y Computadas.

—¿Y la tercera... o tercero? —quiso saber Hal Balsan.

—Tercero, sí. Es... ¿cómo lo diría yo? —hizo un gesto de duda, de no saber decidirse entre cuál de las explicaciones que le venían a la mente para definir con exactitud a la persona a que se refería. Tras la breve vacilación largó de prisa—: ¡Es el apocalipsis de la acracia!

—¿Y cuál es el nombre de quien puede definirse de esa manera tan enrevesada? —preguntó ahora Elliot Lawson, descubridor del denominado Pasillo del Tiempo Futuro.

—Jason Baxter.

—¿No es ése al que llaman «Space Temerary»? —intervino de nuevo el de la pelambrera panocha y ojos sorprendentemente oscuros.

—Veo que os vais ubicando, amigos —les sonrió una vez más el hombre de la UMREC. Agregando—: Menos «hermoso»... que eso ya se encargan de llamárselo las mujeres hasta la saciedad, a Jason Baxter se le califica de muy distintas maneras. Y cada una de ellas ganada a pulso gracias a sus excentricidades, exotismos y a una serie de cosas que lo hacen diferente a los demás. Son muchos quienes le envidian...

—Será por ese éxito mayoritario que según usted tiene con las mujeres, ¡digo yo! —exclamó, comenzando sin duda a participar de la envidia aludida por Crawford, Dustin Warden.

—Es posible, pero no es todo ni mucho menos. Jason Baxter come aparte. Vive aparte. Es diferente, y nada más. Eso que yo me he sacado de la manga para calificarle... «Apocalipsis de la Acracia», encaja. Es un auténtico ácrata, en esencia. Diferente del resto, insisto.

—Parece como si estuvieras hablando de Dios —atisbo Halsan.

—¡Por favor! No obstante..., Jason Baxter es el dios de si mismo. Es su propia religión, su propia fe y su propia conciencia. Hace en

todo momento lo que cree que debe hacer…, no lo que es mejor, sino lo que considera digno y honesto. Y obvio que tiene una metodología muy particular, una filosofía muy personal, a la hora de entender lo digno y honesto. Sin ir más lejos, tres años atrás tuvo unas discrepancias con el director de la NASA cuando formaba parte de la flota de astronautas de ese organismo y acabó, así como suena, por mandarlo a la mierda.

—¿Y luego? —quiso saber, interrumpiendo las excelencias oratorias del hombre de la UMREC acerca del Space Temerary, Elliot Lawson.

—No le entiendo, profesor… —enarcó las cejas el que estaba en Washington Central.

—Que supongo que le expulsarían de la NASA.

—¡Por supuesto!

—De ahí mi pregunta «¿y luego?». Quiero o he querido decir que cuál es la actividad de nuestro hombre ahora. ¿A qué se dedica?

—¿Dedicarse? —pareció que se preguntaba a sí mismo Eddie Crawford—. Bueno…

PRÓLOGO

«¿Dedicarse...?»

Se dedicaba a aquella hora y en aquel dia —24 de marzo de 2237, siglo XXIII— a cuidar, retozar, excitar y estimular los pechos ubérrimos y deliciosamente locuelos de Melody Sullivan.

Melody Sullivan, además de haber nacido en Marte y tener unos pechos locuelos muy capaces de volver loco al apuntador, era lo que en otra etapa de la historia de la humanidad se había definido como una tía muy buena.

Maciza.

Y muy puta también, que todo hay que decirlo. Porque a Melody Sullivan, menos con su pareja (antaño marido), le apetecía encamarse con cualquiera y darle juego al esqueleto y a sus pechos locuelos. Pechos, insistimos, que ahora eran devorados, succionados, avariciosamente utilizados, por aquel tipo carente de prejuicios que sólo se atenía a sus propias leyes morales, dentro de lo que él entendía por moral, al que llamaban Space Temerary y que se llamaba Jason Baxter.

Melody, sacudida por dulces latigazos epilépticos que le hacían encoger y estirar súbitamente sus extraordinarias piernas y que la obligaban también a que sus redondos y nutriditos glúteos —donde estaban aferradas las zarpas de Jason Baxter, dicho sea de paso — botaran como juguetonas pelotitas encima del lecho, al borde de un orgasmo paroxístico, susurró:

—¡Ah, Jason! Cuando te veo sólo pienso en esto. En... ¡aaaah! ¡Qué gusto me das, canalla! En... hacer el amor. En ser tuya... No me importa morir de placer en tus brazos.

—Me jode... —inició él, retirando los labios del pezón izquierdo de Melody, al que ahora dedicaba su interés y atención, al tiempo que seguía cabalgando frenético dentro de la ardiente naturaleza de aquella marciana de locura.

—De eso... ¡de eso se trata! —interrumpió ella con vehemente exclamación.

—...que sólo aprecies en mí las cualidades sexuales, muñeca. Al decir de la gente que sabe y entiende de esas cosas, yo soy un tío que vale mucho. Inteligente, agudo, hábil, con extraordinarios recursos...

—¡Ay, ay... Jason, JASON! ¿Qué me está suced..., qué es este fuego que está incendiando mis entrañas? ¡Jason! JASON! ¡Me voy a morir de gusto!

Melody, la de los pechos locuelos de pezones color café muy tiesecitos, granulados e incitantes, no se murió de gusto pero salvó las fronteras del éxtasis a la velocidad de crucero de la más moderna de las astronaves, lo cual la obligó a golpear la cama con el filo de los talones, a contorsionarse, ir de un lado para otro, gritar, bramar, aullar para ser más exactos, decirle a Jason que quería estar así toda la vida... y demás chorradas que suelen soltar las hembras cuando el orlgasmo les cruza los cables del cerebro, funde los plomos y las deja totalmente a oscuras.

Jason Baxter se apresuró entonces en sus galopadas y tras un espasmo que le hizo encogerse lo mismo que si acabasen de meterle un brutal puñetazo en la boca del estómago, le dijo a Melody con lengua de trapo que tenia unos pechos de fábula, que le iba a cortar uno para podérselo chupar siempre... y luego le vino lo que le vino.

Al final se relajaron los dos y Jason preguntó:

—¿Tienes un pitillo, nena?

—¿Rubio o negro?

—El primero que pilles —el atlético, despreocupado y cínico Baxter dio a entender que le daba lo mismo uno que otro con tal de fumar.

Melody atrapó el paquete que fumaba su cornificado marido, extrajo un pito que puso entre los labios carnosos, gruesos y húmedos, prendiéndolo. Chupó un extremo con fruición para pasárselo después a él, consciente de que su saliva pegada en el papel del cigarrillo iba a excitar considerablemente a Baxter.

Así fue. Me lo puso cachondo en un santiamén y el fulano, tirando el cigarrillo, dio media vuelta para irse de cara a los pechos locuelos, hermosos, rígidos y marciales, que ella exhibía generosamente con legitimo orgullo.

—¿Es que nunca tienes bastante, ladrón? —trató de ocultarse la hembra, pretendiendo sólo aumentar el deseo de Jason.

—De ti, Melody, no se puede saciar uno jamás. Tu cuerpo siempre apetece. Es igual que un segundo antes pero se ofrece distinto, con nuevos atractivos, con distintas excitaciones.

—Nunca me habían dicho nada igual, Jason Baxter.

—Es que yo soy único, muñeca.

—Esto... —la mano izquierda de Melody había descendido hacia las ingles del hombre para adueñarse, avarienta, de todo el tinglado reproductor de Baxter—, esto sí que es único. Y sabroso. ¿Por qué no me dejas..., entiendes?

—¿Te apetece?

—¡Me vuelve loca, Jason! ¡Voy a dejarte sin vida en las entrañas!

Melody se movió hasta quedar situada de la forma que debía quedar para poder hacer con tranquilidad lo que ella deseaba hacer, cuando la puerta del dormitorio en que se hallaban, dormitorio ubicado en la sala de relax de la Stratosferus II, se abrió, repentinamente, y con cierta violencia.

La Stratosferus II era una de las estaciones interplanetarias situadas equidistantemente unas de otras, entre las órbitas de la Tierra y Marte. Aquel tipo de «oasis espaciales» tenía como función prioritaria atender el aprovisionamiento de un tipo determinado de ingenios espaciales, o naves, y el ocupante de la reparación de cualquier avería que pudiera producirse en cualquier cosmonave, o facilitar la puesta en contacto con la Tierra o Marte en el caso de que por razones técnicas se hubiera perdido dicho contacto desde el interior de la propia nave.

Precisamente, Jason Baxter se había detenido en la Stratosferus II porque su ya un tanto caduca Aventurer IV (Jason se dedicaba al transporte spacecomercial entre Marte y la Tierra o viceversa, y similares, desde el momento en que el director de la NASA lo puso en la puta calle por irrespetuoso y «enterado») tenia dificultades en los sensores de transmisión y además, el Space Temerary (al decir de sus admiradores y admiradoras, estas últimas superaban, de largo, en número, a los otros) habia detectado también anomalías en los sistemas de aproximación y trazado de pasillos orbitales.

De todas formas y aunque su nave no hubiese «gozado» de aquella serie de pequeñas pegas, Jason Baxter ya hubiera encontrado excusa verosímil para hacer parada y fonda en la Stratosferus II pretendiendo el justificado fin de usar apropiarse y abusar, de los pechos locuelos de Melody y restantes encantos exhaustivos que poseía cuantitativa y cualitativamente aquella hembra de fuego que los antepasados del Space Temerary habrían calificado de tía buena.

Maciza.

Y muy puta también por las razones que ya se han apuntado al principio y descrito después.

¿Estábamos...? ¡Ah, sí!

La puerta, con cierto estrépito y violencia, acababa de abrirse en el momento en que Melody Sullivan, nacida en Marte de padres terrestres que habían formado parte en el 2204 de la primera expedición colonizadora... Melody decíamos, muy musical ella como su propio nombre indicaba, se proponía interpretar una partitura muy personal en íntimo solo de flauta.

El fulano que estaba ahora enmarcado por el umbral de la puerta, embutido en un mono de látex rojo con un logotipo que hablaba de su condición de «mecánico-técnico especialista-espacial», puso la cara que desde el principio de la humanidad venían poniendo los cabrones cuando encontraban a su parienta en despelote privado y entrega absoluta de favores a otro..., otro que sin darle de comer ni vestirla, puede que incluso sin comprarle caprichitos ni chucherías, obtenía de ella cuanto le apetecía y más, se la pasaba por la piedra y ella, encima, le daba las gracias.

Y es que en el caso concreto y particular de Jason Baxter, debemos significarlo remarcadamente en honor a la verdad y para hacerle al Space Temerary la justicia que se merece, muchas hembras, casi todas, le agradecían con vehemencia y sin ahorrar calificativos los servicios prestados.

Y lo requerían además para futuras ocasiones. Algunas incluso, las más atrevidas, liberadas y a la vez descaradas y golfas, evidentemente, añadían sin sonrojo, encarnaditas eso sí, pero de deseo: «Cuanto antes mejor, Jason. ¿Eh...?»

El fulano, decíamos, después de poner la cara de sorprendido y gilipolla (esto último no había pasado de moda ni con el devenir de los años y siglos tan siquiera) que en buena lógica tenía que poner, montó en cólera como también era lógico. Alzando ambas manos con los puños crispados a la altura de la frente, lo mismo que si pretendiera desenroscarse los cuernos que Melody y Jason le habían adjudicado sin pedirle parecer ni contar con su opinión, gritó:

—¡Puta! ¡Eres una furcia despreciable!

Se refería, obvio, a Melody. Su pareja. Su hembra. En otras etapas de la humanidad: su esposa.

Melody no puso la menor objeción a lo exclamado.

Cargaba con la responsabilidad de ser !o que era, como el otro debía acarrear sus adornos frontales. El asunto de la cornificación era otra de las cosas que tampoco había cambiado lo más mínimo.

Jason, muy incómodo eso sí, muy violento el muchacho, salió de la cama sigilosamente dejando a la fémina sin la partitura e instrumento que ella pretendía en la interpretación sui géneris del solo.

Y el que estaba todavía encuadrado en el umbral, tirando el índice de su diestra contra la atlética y desnuda anatomía de Baxter, volvió a gritar:

—¡Y tú un cabrón!

—¡Hombre... —se estaba Jason metiendo dentro de su traje de astronauta a toda prisa, por lo que pudiera pasar—, Marcus! Que me digas que soy un mal amigo, hasta un traidor, ¡pase! Pero lo otro... ¿No crees que ese rol te corresponde más bien a ti?

El tal Marcus, pareja de Melody y cornudo porque ella asi lo había decidido, era además un montón de músculos sin demasiada cabeza que medía sus buenos 218 centímetros, lo cual, dejaba a Baxter convertido en un enano pese a que el Space Temerary era lo que todavía seguía llamándose un atleta. Metro noventa de altura, tórax fibroso, músculos plenos de elasticidad, bíceps de boxeador y todo lo que ustedes quieran, pero un enano al lado de Marcus.

—¡Te voy a chafar la cabeza, Baxter!

—¡Hombre.,. —volvió a exclamar el transportista espacial, terminando al fin de vestirse—, tampoco es eso! Piénsatelo bien, Marcus. Tú sabes que yo no he sido el primero que..., que..., ¿eh?

El tipo, además de grande, de enorme, era torpe. Por eso preguntó:

—¿Que no has sido el primero de qué?

—¡De meterse en la cama conmigo y ponerte los cuernos, asno! —gritó la propia Melody, haciéndole un gesto burlón y obsceno a la vez a su pareja. Añadiendo—: Si tuvieras un mínimo de dignidad desaparecerías de aquí buscando planetas que colonizar. Cualquiera me viene de gusto, menos tú. ¿O todavía no lo entiendes?

—¿Ves, Marcus? Yo no tengo la culpa de que...

—¡Te mataré, zorra!

Marcus Galaxis, marciano también, podía ser muy burro y muy

cornudo, lo cual estaba fuera de toda duda, pero era también muy bruto. Y dentro de su corto entendimiento quedaba muy claro que además de haberle ridiculizado y vejado, Melody se permitía ahora el lujo de insultarle, humillarle y burlarse de él en presencia del advenedizo que le había arrebatado el derecho exclusivo de utilizar y encontrar placer en el apetitoso y excitante cuerpo de ella.

Por todo eso y loco de furia al pensar que aquel fulano había gozado hasta cansarse de los pechos ubérrimos y erotizantes de Melody, aquello de: «¡Te mataré, zorra!» iba muy en serio.

Tan en serio, que apenas pronunciada la «O», se tiró en plancha hacia Melody.

—¡Perra! —la obsequió en el momento definitivo de la embestida.

Jason Baxter, de veras, hubiese deseado no intervenir. Pero las circunstancias estaban mandando y no podía desentenderse de lo que allí iba a suceder. No podía, en una palabra, hacerse el sueco. Por eso y aunque el Space Temerary tenía muy claro que las mujeres como Melody no valían un intercambio de mamporros con otro tipo, porque moralmente no eran acreedoras a ello, tampoco podía dejárselas a merced de un loco furioso y cornificado como lo era en aquel instante Marcus Galaxis.

El terrestre hizo uso de sus profundos conocimientos en la modalidad marcial conocida por jukarwondo (1), interponiéndose en el trayecto que recorría Marcus con velocidad centelleante y por el aire, pese a lo espectacular de su envergadura, en busca del cuerpo desnudo y acurrucado, sobre el lecho, de la adúltera Melody. Se interpuso situándose de perfil para agacharse justo en el momento en que el otro colisionaba con él, metiéndole el hombro izquierdo prácticamente dentro del plexo solar.

Marcus Galaxis, brusca y brutalmente detenido en pleno plongeón, lanzó un aullido de dolor que casi hizo añicos los tímpanos de la chica y su amante. Hecho que aprovechó Baxter para dar un medio giro veloz, casi invisible, que le llevó a incrustar el codo opuesto, el izquierdo, donde su gigantesco adversario llevaba colgando los masculinos atributos.

—¡ AAAAAAAAAAAG!

Este berrido largó la garganta de Galaxis y fue luego escupido por sus labios gordos y repulsivos, babeantes incluso ahora, como

consecuencia del intenso dolor, de la angustia casi mortal, que le causaba sentir como sus viriles exponentes dejaban de estar ubicados donde siempre para subirle por el interior del vientre hasta...; ¡hasta vaya a saberse dónde!

---

(1) Método de lucha resultante de la fusión del judo, karate y taekwondo

—¡Hijo de...!

Baxter no podia consentir que aquel cabestro exclamara en voz alta insultos acerca de su madre. Ni que los pensara tan siquiera, porque la madre de Jason, como casi todas las madres, había sido una santa.

Por eso, para salvaguardar el honor de su santa madre, aquel que era llamado Space Temerary se sostuvo inverosílmente sobre la puntera del pie zurdo largando el otro con fuerza escalofriante al encuentro de la jeta de Marcus.

Que estaba resultando el pobre, además de cornudo, apaleado.

Mucha sangre, roja por más señas, salió de la nariz y boca del infortunado..., y por la boca, amén del caudal rojizo, se escaparon a la vez un par de dientes con raíz y todo. Algo que a las primeras de cambio y sin preparación alguna como había sucedido, habría causado la mayor envidia en cualquier odontólogo.

Por muy enorme, bestia, simiesco y descomunal que fuera Marcus Galaxis, incluidos sus 218 centímetros de altura, el castigo propinado por Jason había sido, estaba siendo brutal, despiadado, demoledor. Y el otro tenía, por razones lógicas y físicas, que acusarlo. Lo acusó en verdad, desplomándose casi de golpe, viniéndose abajo encima de la cama.

—¡Uy, casi me chafa! —Melody saltó del catre como alma que lleva el diablo. Añadiendo—: ¡Me largo de aquí para no volver nunca!

Entendiendo Baxter el contenido de la última exclamación de la aún desnuda y deseable marciana, advirtió seriamente:

—Conmigo no cuentes, prenda. Si quieres largarte lo haces por tus propios medios, ¿eh? Pero a mi no me compliques más la vida.

—¡Cerdo! —le escupió ella, furiosa—. Pasártelo bien conmigo, si. Romper mi estabilidad con Marcus a todo los niveles, también. Acabas de hundirme en la más terrible de las desgracias y no eres lo suficiente hombre como para responsabilizarte de mí.

—Además de golfa, muñeca, eres una perfecta cínica. Te estás acostando con todos los astronautas que se dejan caer por aquí y ahora pretendes que yo, precisamente yo, Jason Baxter, el Space Temerary, el hijo de mi madre, YO... me haga cargo de tu..., ¿de tu qué muñeca? ¡Anda ya, olvídame! Me largo antes de que esa marmota vuelva a resoplar.

—¡Y yo me largo contigo, héroe del cosmos! Me has buscado la ruina y vas a ocuparte de mí, quieras o no.

—Tendré que tocarte la cara, prenda.

—¿Y qué más da? —ella estaba congestionada, desafiante—, ¿No me lo has tocado ya todo?

Marcus, que no estaba tan groggy como su caída vertiginosa, a plomo, había dado a entender, estiró una de sus goriláceas manazas de simio prehistórico aferrando con fuerza el tobillo izquierdo, desnudo como todo lo demás, de su infiel compañera.

Farfullando entre chispazos de saliva sanguinolenta:

—¡Tú no vas a ninguna parte, zorra!

La presión que los dedos enormes de él ejercían en torno al terso y delicado tobillo de melody era tal, que pareció escucharse el crujir de un hueso.

—¡Bestia! ¡Mal nacido! ¡Suelta…! —miró expresiva y desesperadamente a Baxter, interrumpiéndose para gritar con mayor zozobra—: ¿Yo? —y exclamando a la vez que emprendía carrera hacia la puerta que el burlado Marcus abriera poco ha con cierta violencia—: ¡A mí… que me registren!

—¡Te cortaré el cuello cuando vuelva a encontrarte! —rugió la que ahora se sentía traicionada—, ¡Te cortaré…!

—Tú a mí, nena, me vas a…

Se dio de bruces Jason Baxter con dos tipos de envergadura muy similar a la de Galaxis que vestían uniforme de policemen espaciales.

—De follón en follón, ¿eh, Baxter? —sonrió, interrogante y peligroso uno de ellos, poniendo una manaza en el torso del que se largaba.

—¡Pues verás, detective cósmico, algo de eso hay! Follón, fol…

—Cierra el pico y no compliques más las cosas. Te estábamos buscando —dijo el otro uniformado.

—¿A mí?

—¿Conoces a otro Jason Baxter? —preguntó a su vez el que primero le había interpelado.

—No…

—¡Afortunadamente! —exclamó, con sonrisa tolerante ahora y hasta admirativa, el policeman espacial que primero le había mostrado los dientes en torva sonrisa—, Porque de lo contrario,

¡apañados íbamos!

—Y cornificados —puntualizó su camarada.

—¡Es un cerdo! —aprovechó para desesperarse de nuevo la ridiculizada Melody Sullivan, marciana de origen, hija de una pareja de colonizadores enviados a Marte en la expedición del año 2204—, ¡Un canalla en toda la extensión de la palabra! ¡Me ha violado y ahora...!

—¡Por favor, Melody! —la interrumpió, burlón, uno de los policías—. Que te conocemos todos, hija. Anda, mira de hacer las paces como siempre con ese pobre...

—Habéis dicho que me buscabais, ¿no? ¿Por qué? ¿Ha ocurrido algo? —intervino, en triple interrogante, el Space Temerary.

—Si ha ocurrido algo o dejado de ocurrir —repuso uno de los agentes encargados de velar por la ley y el orden en la estación interplanetaria Stratosferus II—, lo ignoramos. Pero sí es cierto que en la Tierra echan leches por contactar contigo.

—¿Quién?

Se encogió de hombros el otro poli.

—Un pez gordo, hermano. Un militar de alto grado según parece, que ha dicho hablar desde Washington Central en nombre del propio presidente de la República Federal de Noriberoamérica.

Jason Baxter evidenció sorpresa. Una buena dosis de ésta se adueñó de sus facciones varoniles, cínicas, agradables y plenas de desenfado.

Hasta darles una expresividad tontorrona incluso.

—¿El presidente...?

—El presidente, sí.

—¿Estáis seguros? —insistió el Space Temerary.

Uno de los policemen espaciales, evidentemente mosqueado por el dubitativo interrogante de Jason acerca de su capacidad profesional, dijo ominoso:

—Oye, Baxter...

—¿Sí?

—Este y yo —señalaba a su colega al decir «éste»—, ¿tenemos cara de idiotas?

Jason escondió entre sus labios una sonrisa lobuna.

—¡Hombre...! ¿Cómo puedes pensar que yo haya tan siquiera imaginado que vosotros...?

—Entonces ese tipo, el militar de alta graduación, te ha llamado, te está llamando, en nombre del presidente.

—¡Voy volando a la sala de control y cosmo-comunicaciones!

—¡Te cortaré lo que tienes de hombre! —bramó Me- lody, al entender que Baxter se largaba definitivamente.

—¡No hay tijeras para eso, prenda! —murmuró, audible el tono, el Space Temerary.

Todo un tipo, ¡sí, señor!

Porque en el año 2237, siglo xxill, ciertas cosas no habían cambiado excesivamente.

Y por eso las mujeres seguían admirando y enloqueciendo por los fulanos como Jason Baxter.

Y dejándose llevar por ellos al «huerto» con una sonrisa en los labios.

Y si ellos no se decidían —él, en nuestro caso concreto— por la razón que fuese, ellas preguntaban, ansiosas, salidas de madre y salidas de todo:

—¿Por qué no me llevas al «huerto», Jason?

Jason Baxter, en aquel momento, no iba al «huerto» ni mucho menos.

Iba camino de la sala computada de control y cosmocomunicaciones de la estación interespacial Stratosferus II.

Para enterarse de lo que deseaba aquel pez gordo que urgía comunicarse con él en representación del presidente.

La respuesta era la siguiente:

«Le queremos en la Tierra, en Washington Central, dentro de veinte horas exactamente. Ni un minuto más, Baxter, ¡ni un minuto más!»

Cuando él, aquel a quien llamaban por sus muchos valores humanos y profesionales, puede que por su atrevimiento y caradura también, Space Temerary, quiso presentar una serie de razonadas y lógicas objeciones, desde el otro extremo, desde abajo, desde la Tierra, le dieron con la comunicación en las narices.

Y eso, obvio, a un tipo como él, le supo bastante mal.

Un «feo» de aquella índole no debía hacérsele a Jason Baxter.

¡No podía hacérsele, qué cono!

—Usted será muy general y mucha...

—Yo de ti, en vez de cabrearme —le cortó uno de los técnicos en

cosmocomunicaciones—, emprendería viaje al momento. Tengo los canales dispuestos para que realices una salida de emergencia.

—Me están reparando mi...

—Tu cosmonave A venturer IV ya está en condiciones de hundirse por entre las azules estepas del espacio. Temerary —volvió a interrumpirle el otro. Puntualizando—: Acabo de ponerme en contacto con reparaciones y mantenimiento y eso es lo que me han dicho.

—¡Joder, tú! Estáis en todo, ¿eh?

—Serle útil a un tipo de tu linaje —se burló esta vez el técnico, aunque en el fondo no hubiera podido negar que envidiaba a Baxter — es un honor para nosotros, caballero —y desde lo alto de su asiento ensayó una especie de reverencia.

—¡Vete a la mierda!

Y se alejó hacia el segmento de lanzamiento convencido de que los mecánicos ya habían trasladado a una de las rampas su deteriorada y apedazada Aventurer IV.

En efecto.

Dispuesta para largarse de la Stratosferus II la habían situado aquellos chicos que, ¡joder!, estaban en todo.

Bueno, aquellos chicos, el que más y el que menos, tenía compañera. Y se sentían más tranquilos conforme Jason Baxter se hallaba lo más lejos posible de aquella estación interplanetaria.

CAPÍTULO PRIMERO

David Lee Curtis, general del Alto Estado Mayor y adjunto al secretario de Defensa de la Casa Blanca, efectuó con talante versallesco, en desuso, las presentaciones.

Cabe decir porque obedecía a la realidad que causó en todos gran impresión la envoltura física de aquel gimnasta del cosmos que respondía al nombre de Jason Baxter con su metro noventa de arriba abajo, su talante desenfadado y cínico, sus maneras varoniles y arrolladoras, sus facciones agraciadas apretadas de continuo dentro de un rictus anárquico, la penetrante mirada de las pupilas brillantemente negras rebosando vitalidad, sus largos cabellos oscuros de corte descuidado que formaban una tupida melena... les causó impresión, sí. Y hasta un sentimiento de respeto o inferioridad que en principio les hizo sentirse algo incómodos.

Luego del protocolo protagonizado por David Lee Curtis, fue el experto en futurologia y el director del CEIF, licenciado Balsan, quien tomó la palabra.

Para explicar con su circunspecta ponderación de hábito los hechos.

Los que iban a producirse en el 3237, o sea, mil años después.

Conforme avanzaba en su monólogo harto farragoso en determinados pasajes y cargado de matices excesivamente científicos, Hal Basan hizo estudiadas pausas, silencios que invitaban a la meditación acerca de todo aquello que estaba trasladando al auditorio.

Fue interrumpido por Baxter en un punto determinado de su quehacer orador, en estos términos:

—A ver, a ver, licenciado Balsan... A ver si he comprendido bien lo que usted nos dice o trata de decirnos. Y no quiero decir que no se explique bien; quiero decir simplemente que yo, a veces, soy algo duro de entendederas. Parece ser que dentro de mil años el ser humano será extinto casi en su totalidad...

—En un setenta y cinco por ciento siendo concretos, señor Baxter.

—... pasando el mundo, la Tierra, a ser dominada por los androides. ¿Es eso?

—Sí —cabeceó, contundente, el licenciado.

—Y todo eso —había ahora un extraño énfasis en la voz del llamado Space Temerary—, ha podido saberlo usted de una forma científica, matemática, inexorable y tal, gracias a unas complicadas máquinas que le permiten introducirse, auscultar en el futuro, ¿no?

—Para ser más exactos, señor Baxter —aquello, ahora, se había convertido en un diálogo entre el director del CEIF y el transportista espacial—, merced a la fidelidad de unos mecanismos que nos permiten traer el futuro hasta la actualidad. Al presente.

—¡Ah! Y pregunto yo, licenciado: qué tenemos nosotros que ver con lo que suceda mil años después, ¿eh?

—De la humanidad somos responsables todos los humanos, mi querido amigo. Los de ayer, los de hoy, y los de mañana. Con una diferencia de matices: que aquellos que vayan a vivir en el año 3237 no tendrán opción a evitar la escalada al poder de los androides, el exterminio de las tres cuartas partes de los entes pensantes y el sometimiento total del resto.

—¿Y usted cree de veras, que los androides serán capaces de todas esas... «cosas»?

El anciano profesor se removió con cierta inquietud en el fondo de su cómodo asiento. Luego, muy despacio, como si pretendiera efectuar de él un estudio meticuloso, sus pupilas grisáceas de fatigada luminosidad permanecieron fijas sobre la faz de Jason Baxter escrutándola con largueza, como si dispusiera para ello de todo el tiempo del mundo. Cuando al parecer se sintió satisfecho de su prospección en el rostro del astronauta y a través de aquél de lo obtenido del pensamiento de Baxter, dijo:

—Según las resultantes de lecturas escrupulosamente efectuadas en relación a futuros que nosotros consideramos inmediatos, entre los años 2608 y el 3107, se efectuarán grandes progresos respecto a la construcción y programado del androide hasta conseguir, en los albores del 3200, una exactitud y mimetismo tal, que el androide (1) apenas si ofrecerá diferencias apreciables con respecto a su creador el ser humano. Y esas diferencias, amigo Baxter, en ningún momento podrán ser detectadas desde la vertiente externa, ya que estarán circunscritas a matices físicos tan íntimos, que la dificultad a la hora de establecer diferencias no sólo será discutible sino muy laboriosa... —abrió un fugaz paréntesis para matizar notoriamente enfático—, muy improbable y muy imposible.

—¿Ya través de esas máquinas tan sofisticadas de que usted dispone no se puede advertir a nuestros herederos sobre el peligro que representa andar haciendo virguerías en la perfección de los androides?

—¡Tenía usted mucha razón, licenciado! —estalló el pelirrojo Dustin Warden, interviniendo por primera vez en alto grado de excitación. Y añadió—: No sólo son escépticos e ignorantes, sino en el caso de ese individuo, ¡cegatos y estúpidos!

Hal Balsan se quedó pálido como un muerto.

El general David Lee Curtís no supo qué decir ni adonde mirar. Bueno, mirar sí. Mirar sí, porque clavó sus ojos en el ayudante del director del CEIF intentando fulminarlo con sus pupilas contraídas de tinte marronáceo.

Jason Baxter, sin aspavientos ni teatralidades, con la mayor naturalidad, sacó su metro noventa de la butaca que ocupaba, para salvar la distancia habida entre aquélla y la del inquieto fulano de cabeza panocha.

Delante de Warden se inclinó hacia él depositando sus manos de acero en los hombros del futurólogo.

El otro se sintió muy pequeño, más pequeño que nunca, al notar la presión de los dedos del Space Temerary y ver el rostro de éste muy cerca del suyo, peligrosamente cerca.

—Mira, hijo —le explicó—, con sólo clavarte un puñetazo en mitad de esa jeta de pingüino que tienes, puedo garantizarte que no volverás a ser hombre en el resto de tu vida. Y dejarás automáticamente de preocuparte por lo que pueda sucederles a nuestros colegas en el 3237... y hasta te causará hilaridad el suponer que los androides vayan a sodomizarlos, ¿entiendes? —vio que el pelirrojo asentía a la par que tragaba saliva a borbotones. Agregó—: Por eso y por otras muchas razones que sería engorroso enumerar te sugiero, energúmeno con visión futura, que no hables, que no abras la boca, hasta que alguien te diga que ha visto mear a una gallina. ¿Está claro, cretino?

—Sí, sí, ¡sí, señor! ¡No diré esta boca es mía!

—Ni este culo es de los demás...

—¡Baxter! —estalló el general Lee Curtís—. Mantenga la compostura, se lo ordeno.

(1) Autómata con figura de hombre. (N, de! A.)

—Perdón, general. Es que… —calló de pronto, regresando a su asiento. Y una vez acomodado y centrando su foco visual en la persona de Ha! Balsan, inquirió—: ¿Qué tenemos que hacer entonces para que en el año 3237 el mundo no pase a poder de los androides?

—Viajar al futuro, señor Baxter.

Jason abrió la boca. Se quedó, por espacio de un largo minuto, boquiabierto. Colgante y nervioso el labio inferior que se movía igual que si tuviera vida propia.

—¿Y… y después de decir eso se queda usted tan tranquilo, licenciado?

—Y orgulloso, amigo. Como orgulloso debería sentirse usted de que la Electromax, computadora madre de la Unidad Matemática de Resultantes Electrónicas y Computadas, organismo que dirige muy acertadamente por cierto mi buen amigo y profesor, Eddie Crawford…

—Déjese de retórica y al grano, licenciado —le interrumpió, acre ahora, el Space Temerary.

Dustin Warden llevó sus pupilas asustadas hasta el rostro de su anciano superior, como queriendo decirle; diciéndole en silencio porque tenia muy presente que él no podía hablar hasta que las gallinas hicieran pipi: «¿Lo ve, licenciado? ¿Ve como yo tengo razón? Usted siempre se pierde en retóricas inútiles. ¡Se lo acaba de reconvenir Jason Baxter! »

—Usted es una de las personas, de las tres únicas ofrecidas por la computadora, que puede viajar al futuro. Ser trasladado al año 3237.

—¿Mil años después? —Baxter enarcó las cejas y puso expresión de ingenuidad, de niño que jamás ha roto un satélite artificial.

—Mil años después —corroboró con la mayor normalidad el futuròlogo Balsan.

Á partir de ahí, Jason Baxter estalló en carcajadas. En sonoras carcajadas. En atronadoras carcajadas. En groseras carcajadas casi. Como si acabaran de contarle el chiste verde —en el año 2237 los chistes relativos al sexo y demás picardías seguían llamándose verdes porque, al parecer, el color verde continuaba siendo el que mejor se identificaba con las distorsiones irónicas acerca del «asunto»— más gracioso, ocurrente y bien construido de toda su vida.

—Baxter, Baxter... —movió la cabeza el general, apesadumbrado —. Por favor.

Dominó su hilaridad el transportista espacial.

—Perdón de nuevo, general. Pero... —tuvo que esforzarse para que las carcajadas no volviesen a repartir ; sus ecos por el ámbito—, ¡pero! ¿Ha oído lo que ha dicho ese hombre?

—¿Se refiere usted al licenciado Balsan?

—Me refiero...

—Si —afirmó el militar, moviendo la testa en sentido afirmativo —. He oído lo que ha dicho, por supuesto.

—¿Y a usted, general, le parece eso serio?

—Es, Jason..., es serio —sentenció David Lee Curtís. Alzando la diestra para interrumpir con ademán autoritario lo que fuese que se disponía a decir Baxter. Alguna impertinencia seguramente. Hizo el general otro gesto elocuente dirigido ahora al oficial que se hallaba de pie, rígido y castrense él, junto a la puerta que permitía el acceso al despacho entre severo, ostentoso y funcional, que tenía asignado, ordenándole—: Que pasen las señoritas, teniente Sachhi.

Al Space Temerary se le pusieron los ojos como dos naranjas lozanas y grandotas.

—¡Hombre! —no pudo por menos que exclamar—, ¡Esto se anima! Qué callado se lo tenía, ¿eh? ¿Cómo no me ha dicho antes que la reunión sería amenizada y feminizada con la presencia de unas damas? ¡Está usted de un sibarita... general!

—No me gustaría recordarle en voz alta el respeto que me debe como miembro de la milicia nortiberoamericana y el interés que deben merecerle esos caballeros como componentes del elenco científico de nuestro continente, Baxter.

—¡Ya sabe cómo soy yo, general Curtís! Espontáneo y extrovertido pero sin malicia. Esto... ¿Cómo están de «buenas» esas criaturas?

—Juzgue por sí mismo, Temerary.

La puerta se había abierto ya y el teniente Vincent Sacchi hecho a un lado para permitir el acceso de aquella pareja femenina que quitaba el resuello.

Avanzaron, decididas y sin complejos pese a la nutrida concurrencia masculina, hacia la mesa de Curtís.

-—Hola, general —dijo la primera.

—Ya estamos otra vez aquí —sonrió la segunda.

—Señoras... —dijo el militar—, si se dan la vuelta, tendré el placer de presentarles a su acompañante en el viaje al futuro —vio cómo ambas preciosidades daban media vuelta alrededor de los tacones de los zapatos y añadió, señalando con el índice de la diestra al mujeriego y atrevido transportista espacial—: El es Jason Baxter. A lo «peor» ustedes le conocen por Space Temerary, pero ambos son una misma persona —abrió otro paréntesis de silencio, breve pero intencionado, diciéndole seguidamente al héroe del cosmos—: La dama que está a su derecha, Jason, es la doctora Rivas...

—Violeta Rivas —dijo ella con una sonrisa de ensueño, de locura, tendiendo su diestra al hombre.

Jason Baxter había visto mujeres en su vida. Muchas mujeres. Mujeres hermosísimas. Sensuales unas, sexuales otras, ambas cosas la mayoría... Pero la que estaba viendo ahora rompía moldes y sentaba cátedra. Digna de llevarse sin discusión el primer premio en una antología de la belleza, indiscutible triunfadora si se presentaba a un concurso de agresividad femenina en el que se valorase por encima de todo la garra erótica, el savoir faire sensual, el aroma mismo de la propia presencia.

Jason Baxter se sintió empequeñecido, pobre, ridículo, frente a la primera maravilla del mundo.

Violeta Rivas, en efecto, era una auténtica fuera de serie.

Con su piel de color chocolate de poros exuberantes que transpiraban toda su magnificencia sensual. Azabache su larga cabellera lo mismo que una noche impenetrable de tupidas oscuridades..., amalgama brillante de encendidos «negros» era realmente el pelo sedoso y casi provocador por su larga tersura de aquella preciosidad en el mulato de cuya piel quizá predominaba la intensidad negra. Una intensidad tan divinamente negra como divina era el aura erotizante que rodeaba y desprendía toda su naturaleza desde las uñas de los pies a la raíz de los cabellos.

Baxter, contemplándola con meticulosidad y fruición, con arrobo y reverencia, se encontró perdido en el interior lejano e íntimo de las enormes pupilas de Violeta..., dentro de aquellos discos rasgados, luminosos, de brillo cegador que reproducía el color negro más negro que Jason hubiera tenido ocasión de observar jamás. Ojos que se le antojaron espejos por lo grandes y relucientes... Ojos que lo

devoraron con singular sencillez, robándole su cinismo habitual, la acracia consuetudinaria de su proceder para esclavizarlo con la sola intención de su mirada suave...

Bajo aquel raudal luminoso que la naricilla recta y breve dividía en dos, surgía la boca de Violeta Rivas. Una boca de ensueño. Una boca trazada por la paleta magistral de un pintor en el momento de hallar el clímax extático de la inspiración divina, de la inspiración sublime..., boca formada por dos labios muy rojos, dos labios llenos de sangre con infinidad de excitantes grietas en las que se barajaban mil distintas expresiones fruto de las mil distintas sensaciones que eran capaz de producir: pasión, sensualidad, libídine, deseo, beso. BESO. Era una boca la de Violeta trazada, pintada para el beso.

Como sus pechos firmes y rígidos, violentos por como explotaban y perfectos por como se mantenían..., igual que sus pechos, sí, que estaban allí para pregonar la juventud, la frescura, la lozanía, la agresividad de su cálida naturaleza y todo lo demás.

Todo lo demás, sí.

Jason Baxter, saliendo de su éxtasis contemplativo, recogió la manita que ella le tendía, acariciándola entre sus dedos para decir:

—Conocerte, preciosa, es la mejor sensación que he vivido hasta este momento.

—Exageras...

El se inclinó hacia delante, para susurrar junto a la orejita izquierda de la doctora sin que nadie más que ella pudiera oírle:

—Tienes unos ojos que parecen galaxias, una boca que me está quemando las entrañas por la necesidad imperiosa que siento de besarla...., unos pechos que me devolverían ahora mismo al inefable placer de la más tierna lactancia, y un culito, prenda, ¡tienes un culito divino! Palmear tus glúteos y morir...

—Ya me han dicho que eres un «cara» —sonrió ella, suave, con su boquita de terciopelo. Agregando—: Te vas a quedar con las ganas de todas esas cosas, Space Temerary.

—Eres cruel, prenda. Espero que cuando me trates y me hayas besado las primeras doscientas cincuenta veces, cambies de opinión.

—No te hagas el gracioso porque...

—Y esta otra —les interrumpió el general Curtís, que conociendo como conocía a Baxter estaba en la inteligencia de que allí, en aquel momento, era capaz de cometer cualquier barbaridad—, Jason, es

Kiowa Young.

—¡Ah, sí, Kiowa! —exclamó como si la conociera de toda la vida —, Kiowa, claro... —y desentendiéndose por un momento de Violeta, ante el asombro y casi el escándalo de los allí reunidos, Jason se puso a dar vueltas alrededor de la exuberante hembra de raíces puramente indias, lo mismo que si estuviese estudiando un microbio desde la parte superior de la lente de un microscopio—. Kiowa...

—¿Dime, Jason? —la de piel cobriza que parecía rezumar aceite con pródigos y exhaustivos encantos que alcanzaban su apogeo en la línea brutal de unos pechos vibrantes y la firmeza de sus muslos plenos que formaban de cintura hacia abajo el soporte, pedestal, a dos magníficas nalgas que excitaban por su estridencia..., la de piel cobriza y ojos rutilantes del mismo color que las almendras, avanzó un medido paso hacia él al tiempo que le había susurrado con voz quebrada, cálida, pegadiza: «¿Dime, Jason»?. Y había sonado como toda una invitación. Repitió, insistente—: ¿Dime...?

—Tú y yo, muñeca, estoy seguro de que haremos... —miraba a Violeta por el rabillo del ojo— grandes, grandes cosas, si. Estás de un desesperante subido que cruza fronteras sin enseñar pasaporte. Lo tuyo, criatura, así de golpe, no se puede aguantar ni tolerar. Por lo tanto me veo en la obligación y el deber de... —la estrechó de pronto, brutalmente, por la cintura, trayéndola contra él sin que la chica moviera un dedo por evitarlo. Antes al contrario: abrió la boca y ofreció sus labios de húmeda carne para que Jason la besara a tope. Luego él, dijo—: Gracias, muñeca. Te prometo cosas mejores.

—¡JASON BAXTER! —el general estaba cabreadísimo o fingía estarlo para salvaguardar su prestigio y autoridad.

—¡Déjelos, déjelos, general! —intervino sonriente el anciano director deí CEIF. Añadiendo, picaro—: El señor Baxter, ahora, está contemplando la conveniencia de viajar al futuro para serle útil a la humanidad. ¿Verdad que es eso, señor Baxter?

Jason pareció olvidarse de ambas hembras para caminar junto al hombrecillo de los ojos grises de cansada luminosidad y los nevados cabellos, inclinándose al decirle:

—Es usted un excelente estratega, profesor... o licenciado. ¿Qué coño es para que yo me entere, licenciado o profesor?

—¡Las dos cosas! —se le escapó la exclamación en su habitual

vehemencia al pelirrojo Warden.

Luego, al darse cuenta del error cometido, apretó fuertemente los labios al tiempo que miraba a Baxter diciéndole con los ojos: «No volveré a hablar, se lo prometo».

—Que yo sepa, cuero cabelludo rojo, no ha meado ninguna gallina. Pero de todas formas, como después de haber conocido a esas criaturas tan hermosas me siento magnánimo, humanitario y comprensivo, te devuelvo el don del habla. Pero sin pasarse, ¿eh?

—¡Descuide! —le sonrió el ayudante del director del Centro Experimental de Investigaciones Futuras—, Descuide…

Jason volvió a centrarse en la menuda persona de Hal Balsan, significándole:

—Daba usted por sentado que yo iba a viajar, ¿no? Por eso no se ha inmutado excesivamente frente a mi anterior esceptismo, ¿verdad?

—Más o menos, amigo —se encogió de hombros el otro obsequiándole con una de sus bondadosas sonrisas. Añadiendo—: De todas formas, Baxter, estoy totalmente convencido de que usted habría realizado ese viaje aunque hubiera tenido que hacerlo solo…, y estoy convencido de eso porque he sabido entresacar el verdadero hombre que esconde su personalidad alegre, desenfadada, excesivamente extrovertida, anárquica y todo lo que se quiera. Ese es el caparazón que usted mismo ha creado para ocultar y defender de la agresividad humana su condición de hombre sensible, responsable, consciente de sus obligaciones y pronto a integrarse en el servicio de la humanidad sin reparar en riesgo alguno.

—Muy bonito me lo está pintando, profesor. Demasiado, como para que pueda creerlo.

—Usted sabe que es la realidad, Baxter.

—¿Por qué no hablamos de cosas importantes? —intervino el militar, lo mismo que si le molestase aquella cuidadosa atención, aquel mimo incluso con el que Hal Balsan se estaba dirigiendo a Baxter.

—¿Acaso mi radiografía espiritual no le parece importante, David Lee Curtis?

—¡Importantísima! —pareció que se mofaba el general. Añadiendo con rapidez para evitar nuevas divagaciones del Space Temerary—: Pero pienso que ahora, en este momento, es prioritario

concretar la salida de ustedes a través del Pasillo del Tiempo Futuro hasta 3237…, ¿no opina lo mismo, Jason?

—¿Ellas… están dispuestas a viajar, general?

David Lee Curtis miró alternativamente a las hermosísimas Violeta Rivas y Kiowa Young.

Inquiriendo con un leve temblor de voz:

—¿Señoritas…?

La pareja de hembras excitantes, deseables y todo lo que ustedes quieran, se mantuvieron en un largo y preocupante silencio.

Incomprensible silencio a tenor del pensamiento del general Curtis por cuanto ellas, con anterioridad y después de haber sido impuestas de lo que de ambas se pretendía, habían otorgado su aquiescencia.

Incluso parecían sentirse agradecidas por haber resultado las dos únicas candidatas femeninas que los sistemas computados designaban como válidas para una misión de tan enorme trascendencia.

¿Por qué callaban ahora?

El militar notó que los cabellos de la nuca se le ponían tiesos lo mismo que si fueran alambres y le produjo una enorme desazón la multitud de granos erizados que le crecieron, inesperadamente, a lo largo y ancho de toda su epidermis.

«Carne de gallina» que se decía vulgarmente.

Al fin, sintiendo el paladar seco como nunca y que la lengua se le pegaba a él dificultándole la dicción, insistió:

—¿Señoritas…?

Jason Baxter dio una palmada en el aire que les sobresaltó a todos, exclamando a la par:

—¡Señoritas! ¿Qué pasa con sus preciosas lenguas?

¿Se las ha comido un gato de otra galaxia? El general espera ansioso una respuesta procedente de sus deliciosas y besables boquitas. No le hagan sufrir mucho porque sus coronarias no están ya para demasiados trotes.

—¡Deje ya de hacer el payaso, Baxter!

—¡Hombre! ¿Encima se enfada…? ¡Lo estoy haciendo por su bien!

Kiowa Young avanzó entonces un paso hacia la mesa del general David Lee Curtis, adjunto al secretario de Defensa de la Casa Blanca.

Anunciando:

—Si Jason Baxter va..., voy yo.

Violeta Rivas la imitó, significando:

—Si Jason Baxter viaja al futuro..., yo me quedo en el presente.

Silencio otra vez.

Silencio denso, crispado.

Silencio que se podía tocar con los dedos pero que no podía romperse ni apretando aquéllos con fuerza.

CAPITULO II

SILENCIO enorme, sí.

SILENCIO brutal, también.

SILENCIO de esos silencios que según los novelistas malos, al escribir sus novelas peores, se podía cortar con un cuchillo.

¡Y hasta con un hacha!

David Lee Curtis y Hal Balsan estaban ahora, ofrecían mejor dicho la misma expresividad contrariada y hasta casi el dolor físico, que habrían mostrado y padecido si realmente hubiesen acabado de cortarles algo con un hacha.

En este último caso (todo hay que decirlo, entre otras razones para que se sepa), habrían estado echando sangre como cerdos recién degollados.

Afortunadamente para ellos no les habían cortado nada. Pero aparecían como si tal, ¡de veras!

El pelirrojo exuberante y vehemente, por miedo sin duda a las iras y posibles represalias inclusive del Space Temerary, tenía los labios muy apretados para no soltar lo que estaba pensando ni exteriorizar su mala leche frente a la postura que acababa de significar la doctorcita negra..., hacía lo imposible pues Dustin Warden por evitar cualquier comentario del que luego tuviera que arrepentirse, pugnando pues para ello por meterse la lengua en... en donde mejor le cupiese.

El militar entretanto pasó de la contrariedad a la crispación. Al cabreo en do mayor, sostenido... y aguantando. A la congestión paroxística si queremos ser ecuánimes y exactos.

—¡Señorita Rivas! —gritó, apretando los puños. Y pensando seguramente que de muy buena gana le hubiera arreado un puñetazo a la negra, y otro, y un tercero, y hasta cuatro si hacían falta para convertirla en blanca. Pero no podía hacerlo por la sencilla razón de que la negra, además de eso, era mujer. Y estaba de muerte. Muy buena que se decía en otras épocas. Haciendo un esfuerzo supremo por dominar su irritación, prosiguió—: Usted me ha dicho anteriormente...

—Sé lo que le he dicho, general —le interrumpió ella con una excitante sonrisa en sus golosos labios—.

Y sé también que lo dicho se lo he dicho antes de conocer a

éste..., al señor Jason Baxter.

—¿Estás celosa porque no te he besado a ti, prenda? —el anárquico transportista del espacio se plantó de un salto frente a Violeta Rivas—, ¡Eso tiene arreglo, divinidad de chocolate!

Violeta Rivas, licenciada en cibernética, psicóloga, socióloga y doctora en psiquiatría (si nuestros informes son correctos), fue consciente de lo que iba a hacer Jason Baxter; terriblemente consciente, para más señas. Incluso, en principio, sintió terror hacia lo que iba a suceder. Pero no dispuso de la capacidad de reflejos suficiente y necesaria para evitarlo. Se quedó como paralizada, sin fuerzas, inerme. A merced de él y de lo que iba a ocurrir. Incapaz de conjurar la acción casi demoledora, o demoledora sin el «casi», que emprendió aquel individuo desvergonzado, ácrata, que tenía por norte de su conducta ponerse el mundo por montera con satélites colindantes incluidos, pasándose las normas y la ética más elemental por el forro de los pantalones.

No fue capaz ni lo suficiente ágil tanto en lo físico como en lo psíquico, explicábamos, para impedir que él se recrease ostentosamente ciñendo su cintura y tardando, desafiante, en acercarla, apretarla lujurioso y ancestral contra él para, con toda una ceremonia erótica por delante en la expresividad y el gesto, besar primero, morder segundo, comer tercero, los labios rojos, húmedos y sangrantes, de la fuera de serie color negro que se llamaba Violeta.

Ella, Violeta, frente a aquel beso doloroso que semejaba un huracán, experimentó dolor. Dolor... como antesala del extraordinario placer que invadió su cuerpo haciéndola vibrar toda al sentir la lengua, cálida como un tifón del Caribe, la lengua masculina, succionando la suya, arrancándosela.

Y cuando sintió como el torso atlético, varonil de aquel macho arrollador, se estrechaba contra sus pechos, apretando, apretando como si quisiera hundirle los pezones hacia la espalda.

De todas formas y luego de recobrar el aliento cuando él la hubo soltado, Violeta Rivas creyó conveniente darle un par de sonoras bofetadas. Hizo, incluso, ademán de arrearle un puntapié en la espinilla.

Fue precisamente el momento elegido por Jason Baxter para devolverle el par de bofetadas.

Más sonoras todavía las de él.

Más brutales.

Violeta dio, casi, una vuelta sobre sí misma.

—La doctora Rivas, general, viajará al futuro en mi agradable compañía.

Todos estaban estupefactos. Acojonados... es más gráfico para definir el estado de ánimo de los presentes.

—¿Doctora...? —David Lee Curtis enarcó las cejas mientras sus ojos se detenían en el rostro betún, ahora con las mejillas muy rojas, de Violeta Rivas.

Ella ignoró la mirada del general y los ignoró a todos, para colgarse explosiva, ansiosa, agresiva, del cuello de Jason Baxter para besarlo vehementemente.

Dustin Warden, con la mente y los ojos puestos en la galaxia del asombro, pensó para sus adentros que el profesor Crawford de la Unidad Matemática de Resultantes Electrónicas y Computadas se había quedado corto en sus panegíricos y apologías acerca de la personalidad del calificado de: Temerario del Espacio.

—Doctora Rivas, por favor. Estoy esperando su respuesta. ¿Accede a viajar al futuro en compañía de Jason Baxter?

La mujer se descolgó del cuello masculino, jadeante. Rebosantes las comisuras de sus labios avariciosos de un fino hilillo blanco que procedía de los de Baxter.

Sus pechos armónicos y agrestes subían y bajaban, iban y venían, al compás diabólico de su agitada respiración.

Estaba agitada y excitada.

Reinó otra vez el silencio.

SILENCIO grande de nuevo, sí.

CAPITULO III

SILENCIO... que rompió el registro fónico de la propia Violeta Rivas.

Registro fónico que, debe decirse, sonó afónico.

Quiere decirse en consecuencia que la voz de aquella negrita de fábula tuvo, ahora, inflexiones roncas, quebradizas.

—General... —anunció sin rubor—, en compañía de Jason Baxter viajo al futuro, ¡y al infierno si es preciso!

Todos sin excepción, incluido el veterano militar, sintieron la más profunda y sana de las envidias hacia Jason Baxter.

Y ganas de aplaudirle al mismo tiempo.

Cosa que no hicieron por atender a la ética del costumbrismo y por propio decoro... ¡digo yo!

Jason se olvidó de la negra sometida a sus varoniles encantos, tan esclava ya de él como lo fueron sus remotos antepasados en las plantaciones algodoneras de los Estados Unidos del Sur allá por el siglo XIX..., desentendiéndose momentáneamente de ella, narrábamos, se acercó otra vez al licenciado Balsan para preguntarle con aire concreto:

—¿Cuál es nuestra misión en el año 3237?

—Destruir a Worldowner (1) —repuso el anciano, no menos escueto en la expresión.

—¿Worldowner? —repitió Baxter—. ¿Un androide?

—El Superior Máximo de la hegemonía de los pseudohumanoides en su Primera Epoca, la cual, mi querido amigo, estará a punto de estallar o producirse cuando ustedes asomen por el otro extremo del Pasillo del Tiempo Futuro, en el siglo XXXIII.

—Si le hago una pregunta, profesor Balsan —se había acercado contoneando sus exquisitas exuberancias la dulce Kiowa—, ¿la responderá en conciencia?

—Por supuesto, señorita Young —afirmó el licenciado en futurología. Inquiriendo—: ¿De qué se trata?

—¿Cuántas posibilidades de regreso existen sobre un porcentaje de cien?

—Bueno...

—Esa pregunta mejor debe responderla Elliot Lawson —intervino el general—, descubridor precisamente del denominado Pasillo del

Tiempo Futuro. Lawson...

Se adelantó el aludido dispuesto a tomar la palabra y a integrarse de una manera activa en aquella reunión que bien podía calificarse de sorprendente y exótica por el variopinto contenido de la misma.

Pasándose la diestra por encima de su brillante cabeza desprovista de floración capilar, anunció con cierta reserva:

—Es difícil, señorita, establecer un cálculo de probabilidades, posibilidades y porcentajes. Por la sencilla y elemental razón de que todavía no he realizado experiencia humana que avale esos razonamientos que usted me pide. Sé que se puede enviar uno o varios seres al futuro, de hecho voy a enviarles a ustedes... y sé, sólo en teoría, que tengo un 99,7% de traerlos de nuevo al presente por...

---

(1) Dueño del mundo. (N. del T.)

—¿Cómo? —Violeta acababa de participar en la conversación con aquel interrogante, acercándose al lugar donde Baxter permanecía en pie. Más que eso, apretándose contra el flanco izquierdo del temerario espacial para hacerle sentir el contacto ardiente de sus pechos belicosos.

—Eso me disponía a explicar, doctora Rivas —le sonrió Larson con sus desagradables y porcinos morros—. Antes de iniciar el viaje se efectuará en ustedes una breve intervención quirúrgica con el objeto de adaptarles lo que yo denomino «Corazón Distancia». Podríamos decir que será el marcapasos que señalizará con el presente que estaremos controlando desde aquí, su vida en el futuro que ustedes desarrollarán allá. Por medio de ese «Corazón Distancia», en el día y hora establecidos, podré retrotraerles a la actualidad. ¿Que usted me pide certezas sobre el funcionamiento? No puedo dárselas. Y estimo más honesto este razonamiento que deslumbrarles con la falacia de utópicas aseveraciones que podrían significar su pérdida en el tiempo y su definitiva muerte física.

—Creo que los tres... —miró a las mujeres—, ¿verdad, bonitas?, estamos dispuestos a correr el riesgo. Vamos a viajar hasta el siglo XXXIII para librar a la humanidad de su extinción y de ese androide tan malvado que se llama Worldowner. Si algún día tengo hijos..., y en eso vosotras tendréis mucho que decir, o que ayudar, muñecas...

—¡Por favor! —se quejó la dulce y cobriza Kiowa sin escandalizarse demasiado por otra parte ante la posibilidad de tener un hijo con Baxter—, Te excedes.

—Si no me pongo muy nervioso sé que pueden salirme bien, ¡de veras!

—Estos caballeros, Jason, ya saben que eres muy ocurrente —le censuró, sonriente, la negrita.

—Bueno —se hizo el inocente—, sólo quería decir que si algún día tengo un hijo le asustaré exclamando: ¡Si eres malo, vendrá Worldowner!

—¡Por Dios que es usted desesperante! —el que se quejaba ahora era el general Curtis, adjunto al secretario de Defensa de la Casa Blanca. Y se quejaba con cierta amargura. Suspiró—: Sepa que el tiempo apremia…

—¿Quiere decir eso que hemos de viajar inmediatamente?

—Más o menos —afirmó el militar—. Si es que de una forma

oficial dicen aceptar.

—¡Ah! —fingió sorprenderse con una de sus burlonas expresiones aquel que calificaban de temerario del espacio—, ¿Pero... acaso no ha quedado suficientemente claro que aceptamos, general?

Hizo un gesto el aludido que dejó atrás las fronteras de la moderación.

—¿Pretende volverme loco, Jason Baxter?

Floreció una amplia sonrisa en los labios irónicos del fulano que, pese a su irritante extemporaneidad, acababa por resultar simpático, agradable y hasta contagioso.

Con esa sonrisa luciendo, exclamó:

—¡Nada más lejos de mi ánimo y de la realidad,

señor! ¡Venga, muchachitos, venga! Sed generosas y condescendientes y decidle otra vez al general que os venís conmigo de juerga al club siglo XXXIII, ¿eh?

—Voy con él —sonrió, satisfecha al decirlo, la cobriza de excitantes y voluptuosos encantos.

—Y yo, general, y yo... —hizo como que se resignaba a su suerte la preciosa doctora negrita. Y su tono, en el fondo, fue el mismo que si hubiera preguntado: «¿Cree usted que puedo quedarme en el presente, tan tranquila, dejando ir solos a esta pareja a través de las inmensidades del tiempo-espacio..., para que ella se ponga las botas con él? ¡Ni hablar, general, ni hablar!» Puntualizando—: ¡Claro que voy al futuro! A matar a Worldowner y a lo que sea con tal de...

—¡Vale, pequeña, vale! Acabarás poniéndole los dientes muy largos a David Lee Curtís. El ya sabe, aunque le duele reconocerlo, que las dos venís encantadas conmigo rumbo al 3237 gracias a la apostura de mis varoniles atractivos, al desenfado cautivador de mis encantos masculinos ya...

— ¡A callarse de una puñetera vez, JASON BAXTER!

—OK. No se excite, por favor. Recuerde los inconvenientes de un despilfarro de adrenalina, ¿eh?

El militar ignoró los últimos comentarios del Space Temerary.

—En este caso —se limitó a decir— y luego de que hayan otorgado su aquiescencia por escrito para atender a las formalidades jurídicas, el licenciado Balsan junto con su ayudante Dustin Warden y el profesor Elliot Lawson les impondrán detalladamente de los

pormenores y casuística técnico-científica de su viaje al siglo XXXIll. Después, serán trasladados al pabellón aséptico del Nuclear-Emergenci Medical Center y, transcurridas veinte horas desde el instante en que les haya sido instalado el «Corazón Distancia», por un corredor oruga vitrificado accederán a la boca de absorción del Pasillo del Tiempo Futuro desde donde Elliot Lawson les proyectará al año 3237. ¿Alguna pregunta?

Los tres viajeros negaron con la cabeza.

CAPITULO IV

Jason pulsó la palanca de identificación que permitía que desde adentro se confirmara su personalidad,

Violeta, observando la luz roja que brillaba a intermitencias, conectó el canal de TV circuito interno y tuvo al momento, en la pantalla, el rostro despreocupado y sonriente de Baxter.

—¿Qué quieres, hombre?

—Charlar contigo, mujer.

—Ya hemos tenido tiempo suficiente, ¿no?

—Estaba toda esa gente delante... Luego la charla técnica. Después esa intervención quirúrgica. ¿Crees de veras que nos han dado opción a intimar?

—Pienso que en presencia de toda esa gente como dices, te has puesto «tibio». ¿No lo ves tú así?

—Tampoco tú has sido manca, ¿eh? —Baxter ampliaba su infantil sonrisa pretendiendo confiar a la hembra de piel chocolate. Se delató al fin—: ¿Abres la puerta?

—No.

-¿Por...?

—Sé lo que pretendes.

—¿Te disgusta? —volvía a preguntar él, haciendo lacónico el diálogo quizá por la misma premura de sus deseos.

-—Pienso que es pronto... y arriesgado por mi parte.

—Te prometo dominar mis...

—¿Por qué prometes lo que te sabes incapaz de cumplir?

—Si tú me ayudas...

—Estoy desnuda, Jason.

—Me estás excitando, Violeta. Eso no es justo.

—Quiero que sufras un poco —dijo ella desde el interior de su habitación ubicada en la zona aséptica del centro médico nuclear, haciéndole un rictus burlesco a la imagen que mostraba su ansiedad en la pequeña pantalla, sabedora de que afuera no disponía Baxter de receptor visual. Añadiendo—: A los hombres que arrollan a las pobres y confiadas mujeres, a los machos que se ríen del amor porque sólo les obsesiona el deleite del sexo... no les viene mal sufrir y saber que no toda la carne se somete en principio.

—¡Ah! ¿Es que te sientes más mujer, más dura, retrasando lo que

deseas ofrecerme?

Violeta se crispó, furiosa.

—¡Vete al cuerno!

Y tras la exclamación cerró su canal de transmisión receptora dejando al febril varón incomunicado.

—¡Violeta!

Pasados unos segundos y tras ensayar varios gestos de rabia e impotencia, acabó por encogerse de hombros y volver sobre sus pasos rumbo a la estancia que le fuera asignada.

Fue entonces cuando una de las puertas sin goznes ni encuadres que asomaban al corredor quedando ocultas a su vez como tales cedió hacia arriba como si una mano invisible la borrara, al abrirla.

—Hola... ¿Tan desesperado te tiene la negra, Jason?

Todo el cuerpo de Kiowa era como el cobre. Excepto la corona de sus pechos altivos, desnudos al igual que el resto de su furiosa y exuberante naturaleza, que semejaban dos granos virulentos de café tostado.

—Eres toda una promesa, muñeca.

—Soy una realidad, amor. Siempre y cuando la negra no se interponga, claro.

—¿La odias, Kiowa?

—Sí... Desde que he visto como la miras. Ven, por favor. Pasa...

Entró, envolviéndola entre sus brazos atléticos para apretarla al máximo y buscar su boca.

—¿Molesto, pareja? —preguntó de súbito una voz zumbona a espaldas de ellos, dado que la india no había tenido la previsión de cerrar inmediatamente el mamparo invisible que estancaba su habitación del resto de la zona.

Dejando de saborear los labios masculinos, la ninfa cobriza asomó sus ojos, tras empinarse, por encima del hombro de Jason, gritándole a Violeta:

—¡Muérete!

—¡Jason! —estalló a su vez la doctora negrita.

El, ni se volvió. Preguntándole a Kiowa:

—¿Por qué no cierras la puerta, primor?

—Porque me gustaría que lo viera todo hasta reventar de celos.

—Sois una pareja de estúpidos —sentenció Violeta Rivas. Razonando—: Es posible que nos aguarde la muerte a la vuelta de

pocas horas y debemos mentalizarnos para cuanto pueda venir. Tiempo quedará para...

—¿Qué tiempo..., qué tiempo ni qué niño muerto? —se burló Kiowa—. ¿No dices que a lo mejor nos morimos? ¡Pues déjame disfrutar de este hombrecito y piérdete..., vamos, morena, piérdete!

—Si la muerte no nos envuelve, hablaremos de esto antes de lo que os imagináis.

—Buenas noches, Violeta —la despidió, riendo para sus adentros y sin volverse, Baxter—. ¿No has oído nunca decir que a veces las cañas se vuelven lanzas?

—¡Sois repugnantes! —estalló, dando media vuelta la de negra epidermis.

—¡Pura envidia, muñeca! —le escupió Kiowa, cerrando la puerta a la vez.

Al quedar solos dijo Baxter:

—Has sido muy cruel con ella, escultura de cobre.

—Más lo eres tú que deseándola permites que se largue y prefieres atormentarla acostándote conmigo.

—Y... ¿aceptas?

Asintió Kiowa haciendo ostentación de sus pechos lúbricos.

—Te deseo, Jason. Te deseo mucho. ¿Qué me importa a mí que mañana seas de ella, o que lo seas para siempre, si esta noche voy a hartarme de ti? Vas a saber aquí y ahora, estupendo animal macho, lo que es una hembra de verdad.

Y dicho esto, Kiowa se enfrascó en el proceso delicioso de desnudar a Baxter, lo que hizo con extraordinaria habilidad. Aprovechando cualquier movimiento para excitarle, para disparar su masculinidad a las cotas más elevadas del apogeo.

Uno de los dos, enzarzados en la lucha incruenta y febril de los mimos, las caricias, la necesidad, la irreflexión y los jadeos sonoros, habló de... poseer. Y la respuesta de ser poseída no se hizo esperar ni un segundo.

Como tampoco se hizo esperar el suave zumbido de una sirena estridente pero cauta, acompañada del brillar intenso de las luces rojas de diferente tonalidad situadas en el panel de control de la estancia, indicando que se estaba produciendo una emergencia.

—Señorita Kiowa Young, señorita Young... —entró hasta la intimidad de ellos la voz estropajosa de Elliot Lawson—. Preséntese

por favor, convenientemente equipada, en el inicio del corredor oruga.

—¿Qué sucede, profesor?

—Ha habido una alteración en el horario establecido en principio. Van a viajar al futuro dentro, exactamente, de setenta y cuatro minutos.

—¡Pero...!

—¿Sabe usted dónde se encuentra el señor Baxter?

—Metido en la cama con Kiowa, amigo Lawson. ¿A qué coño viene su escaso tacto y falta total de discreción?

—Entiendo que no es momento de porfiar, Jason : —dijo, con mayor familiaridad en el trato aquel de quien sólo llegaba hasta la estancia su registro oral. Ampliando—: De todas formas le explicaré que me han comunicado hace breves instantes la posibilidad de un inesperado eclipse total, hecho este que alteraría sensiblemente nuestros proyectos. Por favor..., vístanse y...

—¿Quién le ha dicho que estamos desnudos, profesor?

—Sería usted muy estúpido y diría muy poco en favor de su bien ganada reputación el que se hubiera metido en la cama de la señorita Young, vestido.

—Inteligente deducción, ¡sí, señor! ¡En seguida vamos para allá.

Y saltó del lecho acto seguido.

—¡Me persigue la desgracia desde el mismo día en que nací! La luna estaba aquella noche en cuarto menguante.

—¿Crees en esas tonterías, prenda? —Baxter se estaba vistiendo apresuradamente.

—Soy india, ¿lo olvidas?

—Pero con estudios.

—¿Eso qué tiene que ver para que reniegue de lo secular de mi raza?

—¿Me abres? Debo ir a mi habitación para embutirme dentro del traje de viajar al futuro. ¿No has oído lo que ha dicho Lawson? Preséntese convenientemente equipado...

Se encogió de hombros con desaliento y frustración.

—¡Qué remedio!

Diez minutos después los tres tripulantes del Pasillo del Tiempo Futuro se reunían, con diferentes expresiones en el semblante, en la boca inicial del corredor oruga vitrificado.

—Parece que los hados no os han sido propicios, ¿eh, pareja?

—No tendré la suerte de que te pierdas por el Pasillo ese, ¡no! —exclamó la india.

—Yo sin embargo —Violeta la obsequió con una amplia sonrisa entre burlona y conmiserativa—, no quiero que te pierdas, linda salvaje. Y ¿sabes por qué? Porque Jason se quedaría sin cobaya con la que darme celos.

—¡Con qué placer te sacaría los ojos, zorra morena!

—¿Queréis comportaros como mujercitas civilizadas, muñecas?

—Es hora de acallar sus diferencias, señores —dijo la voz de Lawson, lejana aún su presencia física. Preguntando—: ¿Quieren internarse como unas cinco yardas en el corredor oruga?

Obedecieron.

Y a partir de aquel momento el piso se convirtió en una cinta deslizante-transportadora cuya velocidad fue aumentando hasta el punto justo de permitirles mantener el equilibrio deteniéndose, de súbito, frente a una boca cuadrangular de color negro que tenía cierta semejanza a las antiguas cámaras fotográficas, las llamadas de fuelle, que ninguno de los tres viajeros del futuro había tenido ocasión de contemplar ni en lámina tan siquiera.

—Eso que están viendo ahora, señores, es la boca de absorción del Pasillo del Tiempo Futuro. Cuando yo les diga que avancen, fuertemente estrechados por las cinturas... Usted, Jason, lo cual le resultará agradable, ceñirá a sus compañeras por el talle evitando que se separen ni un solo instante mientras dure el proceso de absorción. Sentirán que son violentamente arrancados del suelo, succionados como por un émbolo gigantesco de capacidad huracanada, pero no deben alarmarse. Luego sobrevendrá un impasse de oscuridad y silencio en cuyo transcurso creerán haber muerto. Por último sus ojos admitirán de nuevo la luz y cuando descorran los párpados sin sentir dolor, se hallarán ya en el 3237. Puede que al principio noten algo parecido a lo que en psiquiatría se llama fondo psicosomático, pero desaparecerá pronto. ¿Han comprendido bien?

—Perfectamente, profesor —dijo, resuelto, el Space Temerary. Dirigiéndose a sus compañeras, musitó en tono quedo—: Ha llegado el instante de ahogar nuestros pequeños... o vuestros pequeños rencores, queridas. Os prometo que en el futuro seré considerado

con las dos, amable con ambas, cumplidor como amigo y como hombre, etcétera, etcétera. Pero ahora..., me entendéis, ¿verdad?

—Yo —anunció Kiowa, sonriéndole abierta y amistosamente a su antagonista femenina—, entiendo que he sido estúpida e infantil. ¿Puedes perdonarme, Violeta?

Correspondió la negrita con gesto amable de igual contenido.

—Tampoco yo me he comportado como una adulta, estudiosa y licenciada en un montón de cosas. ¡Este canalla ha tenido la culpa, que ha conseguido deslumbrarnos pese a estar prevenidas! No sólo puedo perdonarte sino comprenderte. Y estoy segura de que en adelante, para mal de él, seremos buenas y grandes amigas.

—No sabéis lo que me reconforta oíros, bonitas.

—Puede ceñir a sus compañeras, Baxter —anunció el inventor del Pasillo del Tiempo Futuro.

—¡Será un placer, profesor!

Enlazó a las hembras, por la cintura, con ambas manos.

Y acto seguido, con la vista al frente para no mirar a ninguna de ellas dejando así constancia que se dirigía a las dos, susurró:

—Sé que en el poco espacio de tiempo que nos conocemos os he dado quizá la talla de un irresponsable que vive en brazos de la aventura buscando lo fácil en el amor y la temeridad espectacular en lo profesional..., pero ése, de veras, no soy realmente yo. Debo admitir a riesgo de mostrarme ahora jactante que el licenciado Balsan me ha descrito hace pocas horas con ajustada realidad. En función de ello quiero deciros que soy totalmente consciente de los peligros que vamos a arrostrar cuando nos perdamos dentro de ese pasillo y que trataré, por todos los medios, de cuidar de vuestra seguridad personal. Quiero significaros también que me parecéis unas mujeres extraordinarias, y yendo a tope en la sinceridad, aclarar que aunque os admiro a las dos es Violeta quien ha despertado mi fibra romántica. Si ese Pasillo ahora y Worldowner allá en el futuro, me lo permiten, haré lo imposible por ganarme tu amor, doctora. En cuanto a ti, Kiowa, prometo respetarte... Y pienso que sabrás comprender que ahora es momento de ser veraz aunque pueda haber sido un poco cruel contigo. Tú sí que debes perdonarme...

—¡Calla, estúpido! Conseguirás que llore como una niña.

—No te preocupes, Kiowa. A mí... —los ojos de Violeta Rivas

estaban llenos de puntitos acuosos—, ¡este sinvergüenza ha conseguido emocionarme! ¡Diablo de hombre!

—¿Están dispuestos? —se introdujo en la conversación Elliot Lawson.

Baxter consultó a sus compañeras con la mirada antes de afirmar:

—¡Dispuestos, profesor!

—¡Buena suerte y buen viaje! ¡Hasta la vuelta!

—¡Hasta la vuelta! —exclamaron, a coro, los tres.

Y sobrevino, de súbito, la brutal succión.

Una garra invisible tiró hacia dentro del Pasillo con violencia inenarrable, succionándoles con alucinante voracidad. Jason tuvo que emplear toda la fortaleza de sus músculos y bíceps para impedir que Violeta y Kiowa fuesen arrancadas de sus brazos en verso a aquella andanada demoledora de capacidad imantada que amenazaba con estrellarles contra el primer obstáculo sólido que se interpusiera en el vertiginoso trayecto que seguían.

Segundos después experimentaron igual sensación que si sus estómagos les abandonaran por la boca creando un vacío agónico, letal, precipitándoles a los abismos de la muerte.

Luego sobrevino una presión insostenible que oprimía la frente y los parietales dejándolos al borde del estallido. Creyeron al fin que sus cabezas se habían fragmentado en pedazos inverosímiles y se hizo entonces la oscuridad definitiva.

La falta total de consciencia.

El abandono definitivo.

CAPITULO V

Después de aquel pozo sin fin de tinieblas definitivas surgió una voz ronca, de ecos siniestros y quebrados, como procedente de ultratumba, como llegada quizá de otro tiempo, que vino a estrellarse en el cerebro de Kiowa devolviéndola, parcialmente a la consciencia.

—¡Kiowa... Kiowa...! ¿Puedes escucharme?

Se sobresaltó, parpadeando con torpeza al principio, haciendo un considerable esfuerzo para que sus ojos perezosos, terriblemente cansados, salieran en pos de la imagen del que le hablaba.

Trémulos sus labios y moviéndose con manifiesta dificultad, logró articular:

—¿Quién... quién eres tú? ¿Dónde estás que mis ojos no alcanzan a verte?

—Estoy muy lejos de ti... todavía, mi pequeña Kiowa. Tú eres la divina sacerdotisa que estábamos aperando y que sólo mi inteligencia ha rescatado de las tinieblas del pasado en que estabas viviendo para traerte a la espléndida realidad del presente.

—¿Quién eres, por favor?

—Worldowner...

—¡Worldowner! ¿Por qué no puedo verte y sí alcanzo a oír tu voz?

—Porque estoy en ti, dentro de ti, mi pequeña Kiowa. Y llego hasta tu cerebro merced a unos canales telepáticos que comunican nuestras mentes. Para hablarme, para responder a mis palabras, no es necesario que muevas los labios. Piénsalas nada más. Piensa tus palabras y ellas llegarán a mí como está llegando tu pensamiento todo.

—¡Worldowner! —exclamó ella por segunda vez con asombro sin límites, desconcertada por aquel suceso que se le antojaba además de incomprensible totalmente irreal. Pensó, pues—. No entiendo nada...

—Tú, dulce Kiowa, según los oráculos y el Testimonio de la Vida Androide, tenías que haberte integrado en nuestra era, haber nacido alrededor del año 3215. Pero no ha sido así. Un error genético y otro de inhalación espiritual han hecho que fueras a parar mil años antes. Como tu destino insigne e inefable había sido concebido para 3237 y

tu excelsa trayectoria exigía que fueses junto a mí, como Sacerdotisa Mayor, la egregia conductora de la conducta humanoide en los inicios de la Primera Epoca de la Hegemonía Androide...

—¿No entiendo qué pretendes de mí, Worldowner?

—Que seas quien tienes que ser.

—¿Quién soy entonces, realmente?

—Kiowa Young, ¡por supuesto!

—¡Todo eso es absurdo, Worldowner!

El eco que llegaba hasta lo más íntimo de la psiquis de la cobriza hermosura durante el trayecto tiempo-espacio que recorría al lado de sus compañeros Violeta Rivas y Jason Baxter..., un engrama suelto y rebelde de su mente se estaba interrogando sin descanso acerca del paradero de ellos, sobre el lugar donde se encontraban ya que no le era dado captarlos desde su perspectiva visual, en el supuesto que dicha perspectiva respondiese a la realidad; aquel eco desconcertante entre disuasorio y siniestro que acompañaba su aparato intelectual mientras se suponía que su cuerpo estaba viajando entre los años 2237 y 3237, golpeó ahora los sensores de recepción de Kiowa con una dureza implacable.

Agónica.

—¡Nada de lo que Worldowner decida es absurdo!

—Dime de una forma concreta qué esperas de mí.

—Que cumplas con tu cometido, con el que te ha sido asignado por las Elevadas Cúspides desde las que se traza el destino... Tú has venido para ser la Sacerdotisa Mayor de la Primera Epoca de la Hegemonía Androide y nada ni nadie puede evitar, PODRA EVITAR, que cumplas con los designios escritos en el Testimonio de la Vida Androide.

—¡Yo no soy una androide!

—Por ahora... todavía no.

Kiowa Young experimentó la misma sensación que le hubiera producido una enorme manaza de cerrarse, asfixiante, en torno a su garganta.

—¡Maldito canalla! —se desesperó con el pensamiento—, ¿Qué es exactamente lo que pretendes de mí?

—Antes de... ADUEÑARME POR COMPLETO DE TU CEREBRO, te lo explicaré, dulce Kiowa. Dentro de setenta y dos horas en fracción tiempo de la era donde procedes...

—¡Nunca lograrás someterme, Worldowner! ¡Jamás! ¡Antes les pediré a mis compañeros que me maten… o buscaré la muerte por mí misma!

—No digas estupideces, muchacha —la voz de aquel extraño androide que le hablaba a través de canales telepáticos con énfasis metálico y monocorde se hizo más dura, como contundente, al pensar dentro del pensamiento de Kiowa—: Estás comprobando por como alcanzo hasta ti que mi poder es infinito…

—Si tu poder es infinito, para que me necesitas a mí, ¿eh?

—¿Quieres dejar de activar tus células pensadoras cuando no debes? Te necesito porque debo cumplir con rigidez lo dictado desde las Elevadas Cúspides y escrito en el Testimonio de la Vida Androide. Te decía que pasadas setenta y dos horas vamos a iniciar un proceso de aniquilación humana que llevará a morir a las tres cuartas partes de los entes que se autodenominan pensantes. inteligentes… Sólo un 25 por ciento de los humanos seguirá con vida después de nuestra cruzada. Y tu misión como Sacerdotisa Mayor y humana temporalmente será la de convencer a esa cuarta parte de modelos carne-hueso que deben acatar nuestra Hegemonía sin rebelarse, que deben ofrecernos su vasallaje y sumisión, colaborando a que nuestra existencia sea más… digamos cómoda y apacible.

—Me estás diciendo que debo convencerles de lo digno y útil de su condición de esclavos, ¿no es así?

—Exactamente, Kiowa. Cuando eso hayas conseguido «fabricaremos» tu otro «yo» para que te integres de una manera mecánico-humana a nuestra etnia androica. ¿Has comprendido ahora?

—Para mi horror, creo que sí. Pero, insisto…

—¡No sigas pensando, Kiowa!

—¡No podrás impedirlo!

- 69

—Podré…

—¡No!

--Podré. Kiowa, podré… PODRE PORQUE YA ESTOY TOTALMENTE DENTRO DE TI, PORQUE YA MI PENSAMIENTO ES EL TUYO Y PORQUE TU, AHORA, YA, TE SIENTES EN MI Y ME SIENTES EN TI. Y PORQUE ESTAS NECESITANDO SER LA QUE TENIAS QUE HABER SIDO DESDE UN PRINCIPIO…

Kiowa creyó que se llevaba ambas manos a las sienes, al menos tuvo la sensación de que efectuaba aquel crispado y patético movimiento a la vez que estirando sus cuerdas vocales sin medir el riesgo de fragmentarlas por el brutal esfuerzo, aullaba:

—¡ NOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOO!

Era, tenía al menos el presentimiento agorero y agonístico de ello, su última tentativa de rebeldía frente al poder inusitado y desbordante de aquel que se llamaba Worldowner.

—Sí, Kiowa, sí. Piensa «en si».

Y Kiowa Young, viajera en el tiempo desde 2237 siglo XXIll a 3237 siglo XXXIII, sintió que la voluntad psíquica de decidir por sí misma la abandonaba paulatina y totalmente.

Notó como un lánguido y benefactor oleaje bañaba las costas pensantes de su psique formando más tarde una tenue marea hipnótica que la obligaba... ¿obligaba? a pronunciar con pulsaciones de su pensamiento:

—Sí, Worldowner. Pienso «en sí». Soy «sí» a todas tus órdenes y deseos. Soy... ¡la Sacerdotisa Mayor de la Primera Epoca de la Hegemonía Androide!

—Gracias, Kiowa, gracias. Ya falta muy poco para que estemos físicamente juntos.

CAPITULO VI

Jason Baxter vino a la realidad del futuro sintiéndose igual que si acabaran de propinarle una brutal paliza.

Le dolían todos los huesos y tenía dificultad física para mover las articulaciones de los mismos que, posiblemente, se gestaba en una incapacidad temporal psíquica para dar las órdenes oportunas a su sistema nervioso central.

«¿Dónde se encontraban?»

Era la primera y lógica pregunta que debía formularse un ser humano tras haber viajado a mil años después.

Pero su menguada capacidad psíquica le hurtó la respuesta.

«¿Estaba ciego?»

Comprobó que afortunadamente no cuando después de un considerable esfuerzo pudo tirar de los párpados hacia arriba y descorrerlos totalmente.

—¡Santo cielo! —exclamó, ahora en voz alta. O sea, teniendo ya capacidad para mover los labios.

Aquella exclamación procedía del asombro que acababan de captar las aún reticentes pupilas del, en época anterior, llamado Space Temerary.

Ampliando:

—¡Esto es un desierto interminable! ¡Pero de asfalto!

Justo en aquel instante, cuando Baxter comprobaba dentro de él que la perezosidad y el dolor inicial, aquella sensación de haber sido apalizado desaparecía como por ensalmo sintiéndose perfectamente normal..., entonces, decíamos, le llegó la pregunta trémula procedente de los sensuales labios de Violeta Rivas:

—¿Dónde estamos, Jason?

—Supongo que en el año 3237. Porque si Elliot Lawson se ha equivocado de fecha, lo vamos a pasar mal.

—¡Déjate de ironías ahora!

—Mujer, si encima de que lo tenemos difícil empezamos ya a preocuparnos...

—¿Quieres ayudarme?

Violeta estaba tendida encima de aquel sorprendente asfalto, lo mismo que Kiowa, la cual no daba aún muestras de volver al sino de la consciencia. También Baxter a su regreso a las coordenadas de la

vida habíase encontrado decúbito prono en lo alto de aquella interminable e inexplicable encharolada cinta.

Ofreció ambas manos a la preciosa doctora.

—Pensaba recordarte siempre como al Jason Baxter que se despidió de mí, allá en 2237.

—La vida sigue y yo debo seguir siendo el cínico sempiterno.

—Si fueras ese cínico ácrata del que has venido presumiendo durante muchos años, no estarías aquí.

—Posiblemente...

—¿Tienes idea de lo que pueda ser esto?

—Pensar que es un desierto de asfalto me parece ilógico, aunque las evidencias apunten hacia esa falsa realidad.

—¿Entonces? —arqueó las cejas, interrogante, la exuberante doctora de pródigos encantos negros.

—Creo que estamos arriba del mundo. Encima de él.

—¡ Jason! ¿Me estás diciendo que ellos, quienes sean, viven debajo de la tierra?

—Debajo de la corteza terrestre. El mundo ha cambiado, prenda. Ahora es interno... —extendió el índice de la diestra al frente, diciendo—: Mira hacia allá, Violeta. ¿Qué supones ver?

Ella agudizó sus hermosas pupilas siguiendo la dirección que marcaba el dedo masculino.

Encogiendo los párpados para extremar el esfuerzo, murmuró:

—Luces..., parecen luces que se mueven velocísimas.

—Exacto, muñeca. Son las luces de especies de bólidos que circulan como centellas por encima de trazados en forma de lo que nuestros antepasados llamaban «scalectric». Son los vehículos de la actualidad, que sí circulan por el exterior. Es posible que la energía que les da movilidad produzca un alto índice de contaminación y de ahí que la vida humana y androide se realice bajo tierra.

—¿Qué puede importarle al mecanismo interno del androide que haya o no contaminación?

—¿Olvidas que el licenciado Balsan habló de unos androides tan perfectos que sus diferencias con el ente apenas si podían detectarse?

—Verás, Jason... —Violeta dio una vuelta sobre sí misma mordiéndose el labio inferior en actitud dubitativa—, yo escuché con mucha atención las explicaciones del director del Centro

Experimental de Investigaciones Futuras, pero no todas me parecieron creíbles. Yo he desenvuelto mi campo de actividades profesionales dentro de las técnicas de la praxis... mientras que Balsan y sus adláteres o colegas encarnan, para mí, la doctrina del eufemismo. No digo que cuanto ellos obtienen en sus investigaciones sea incierto..., pero sí lo pongo en tela de juicio.

—Pienso que debieras moderar tu esceptismo luego de haber comprobado que un señor llamado Lawson te ha trasladado, a través de un artilugio llamado Pasillo del Tiempo Futuro, a mil años después de la época en que estabas viviendo.

—¿Tenemos, de veras, certeza de ello? —apuntó la negrita en el colmo de la desconfianza.

—¡Por Dios, Violeta! Se supone que eres una mujer inteligente. Aunque esta era a la que acabamos de asomar no se correspondiera con el año 3237, lo que sí es cierto..., lo que no podemos dudar, es que hemos sido arrancados de la nuestra. ¡Esto no es 2237! ¡Estamos viviendo en el futuro! Si no lo crees, ¿qué haces aquí?

—Seguir al hombre que amo, Jason.

—Violeta... —buscó estrecharla entre sus brazos.

—Si te ibas en pos de una aventura incierta donde podías hallar la muerte, pensé que debía correr igual suerte. Estaré donde tu estés, sea presente, pasado o futuro. Viviré si tú vives y moriré si tú mueres.

Kiowa Young largó un profundo gemido.

—¡Jason..., Violeta! ¿Dónde nos encontramos?

—Podría decirte que en el paraíso, pero me temo que... —dijo Baxter con su ironía y desenfado de hábito.

—¿Me ayudas a levantarme? —la preciosa cobriza extendió un brazo hacia lo alto.

—¿Cómo no, prenda?

Jason tiró de aquel brazo hacia arriba haciendo seguir el cuerpo exuberante y bien redondeado de la espectacular cobriza.

—¿Qué vamos a ha...?

La pregunta de Kiowa Young quedó cortada en flor lo mismo que si acabara de perderse en el aire.

Lo mismo, exactamente igual, que ella.

Porque Kiowa Young... había desaparecido en el aire. Se había fundido dentro de él. Se había desintegrado.

Ante los ojos desorbitados, atónitos, famélicos por lo enormemente abiertos que estaban, de Jason Baxter y Violeta Young.

—¡Cristo! —balbució el hombre golpeándose la frente, parpadeando una y otra vez—, ¿Es... es real lo que acaba de suceder?

—¡Se ha esfumado! —articulaba Violeta, ofreciendo una expresión de genuino estupor.

La reacción irónica de Baxter no se hizo, de todas formas, esperar.

—¿Y si ha sido una broma de Hal Balsan desde el pasado para curarte de tu esceptismo?

—¡Por Dios, Jason! No ironices ahora... Esto que acaba de ocurrir es gravísimo. ¿Qué podemos hacer?

—En principio, pequeña —le tendió la mano derecha a Violeta—, no estarnos aquí quietos como un par de tontos. Empezaremos a caminar en dirección a las luces, al trazado por donde se deslizan los bólidos de esta época.

—¿Qué habrá sucedido con Kiowa? ¿Quién se la ha llevado? —la doctora comenzó a marcar el paso al compás establecido por Baxter.

—Te será fácil comprender que no tengo respuesta para ambas preguntas, bonita. Pero lo que sí empiezo a tener como muy claro, y tú también a poco que te esfuerces en pensar, en deducir, es que alguien de esta era, Worldowner quizá, nos estaba esperando. Y si nos estaba esperando, es que sabe a lo que hemos venido, cosa la cual, que complica enormemente el éxito de nuestra misión y compromete nuestra integridad física al máximo.

—¿Piensas que Kiowa puede estar muerta?

—Por esa misma regla de tres estaríamos muertos todos. No... De quererlo Worldowner, admitiendo que mi hipótesis anterior acerca de que está impuesto de nuestro arribo sea verosímil, ya habríamos dejado de existir. El hecho de que se haya llevado solamente a Kiowa me hace pensar, en principio, que la necesita. Que puede ser útil al movimiento androide de Worldowner encaminado a extinguir un elevado porcentaje de la humanidad.

Violeta Rivas, más que su asombro, evidenció su admiración frente a los razonamientos aplastantemente lógicos que iba elaborando, en un tiempo récord dada la situación, Jason Baxter. Le

sorprendía a la doctora de física achocolatado descubrir que el Space Temerary era algo más, mucho más que un montón de músculos pétreos que explotaban su fuerza de una parte y su apostura varonil de otra... Ya había comenzado a sospechar ella de la inteligencia sin igual de Baxter al oírle hablar, expresarse, a la entrada del Pasillo del Tiempo Futuro; ahora, que en aquel cuerpo de atleta despreocupado en apariencia y cínico en supuesta extroversión había un cerebro prodigioso, lo acababa de confirmar.

—¿Util...? —dudó no obstante de aquel punto concreto de las exposiciones de Baxter.

—No se me ocurre otra forma viable de justificar que Worldowner la haya volatilizado.

—¿Y si no se trata de Worldowner?

—¡Hija mía! Estoy tratando de establecer deducciones lógicas amparadas en un elemental sentido común —seguían caminando mientras Baxter se expresaba, en pos de aquel lejano «scalectric» de luces que cambiaban continuamente de posición a velocidades meteóricas. Añadió—: Porque pienso que sea cual sea la época de la existencia en que nos encontremos en este momento, la lógica y el sentido común seguirán siendo la base de las evoluciones mentales de los seres que...

—El señor Baxter tiene razón, señorita Rivas —anunció una voz hueca y metálica a espaldas de la pareja caminante—. Ha sido nuestro Superior Máximo, Worldowner, quien ha requerido la presencia física de la señorita Kiowa Young.

Detuvieron, en seco, su avanzar.

Y se quedaron lo mismo que ciertos personajes bíblicos de la antigüedad más remota al abandonar las ciudades de Sodoma y Gomorra, batidas y abatidas bajo el fuego purificador, al desobedecer las instrucciones divinas y girarse a contemplar el «espectáculo».

Se quedaron, sí, como convertidos en estatuas de sal.

CAPITULO VII

Era una sala enorme, gigantesca.

De dimensiones que a simple vista resultaban incalculables.

Que se perdían fuera, muy lejos del alcance de las pupilas del ser humano en su lógica perspectiva visual.

Por la parte norte de aquel espacio asombroso y cerca de la pared en trazado cóncavo que parecía determinar una de las fronteras, había una especie de estrado rectangular que daba cabida a regias butacas de muelle acolchado, tres en total equidistantemente situadas, estando ocupada la central por un ser de estampa dictatorial y apariencia netamente humana aunque en lo físico y pese a estar sentado su envergadura se manifestaba bastante por encima de la del humanoide medio.

Vestía aquel ser de empaque y mirada totalitaria, de larguísimos y poblados cabellos blancos, una túnica de puro tinte albo en la que destacaban extraños bordados en color oro representando una serie de símbolos y animales no menos extrañísimos. Sus ojos eran terriblemente verdes, penetrantemente verdes, escrutadoramente verdes, agonísticamente verdes, hipnóticamente verdes, poderosamente verdes a la hora de expresarse en silencio y de hacerse escuchar y obedecer en el mundo insonoro de la mente.

Ocupaba, majestuosa y más bella que nunca dentro de una rutilante y ceñida túnica de estridencia escarlata, de vivísimo color rojo, la butaca situada a la derecha del ser todopoderoso de espectaculares ojos verdes y larguísimas hebras blancas... KIOWA YOUNG.

Lo mismo que cayendo del cielo, vestidos como los centuriones de las antiquísimas legiones romanas, bajaron desde arriba hasta el suelo para postrarse a las plantas de aquel extrañísimo ente, dos cuerpos gigantescos, descomunales, que debían de medir más de tres metros de estatura.

Pertenecían a las legiones robóticas del movimiento androide.

Uno de ellos, inclinada aún la cerviz, anunció:

—Tus órdenes han sido cumplidas al pie de la letra y con total esmero, mi Superior Máximo.

—Podéis levantaros.

Ambos obedecieron y al unísono, como cronometrados y

milimetrados, extendieron el brazo derecho al frente, rígido desde el hombro hasta la punta de los dedos, exclamando a la vez:

—¡Gloria y honor a Worldowner!

—Devolvedlos a mi presencia.

Aquel... devolvedlos, pronunciado en tono harto significativo y con matiz peculiar, obró el hecho alucinante de que surgieran de las órbitas del gigantón que primero se había dirigido a Worldowner... que saliesen de lo más íntimo y recóndito de sus ojos unas columnas formadas al parecer por luces y polvo, columnas quizá inmateriales, que conforme iban saliendo a mayor velocidad cobraban forma y solidez, cobraban... vida.

¡Contenido humano!

Porque los cuerpos de Jason Baxter y Violeta Rivas vinieron, de súbito, a ocupar el espacio físico que les correspondía.

El hombre, con su habitual desenfado y contemplando con disimulada atención la regia silueta de Worldowner, al tiempo que hacía gestos de quien se sacude el polvo de la ropa, exclamó sonriente:

—¡Original sistema de transporte, sí, señor! Ahora no me cabe duda alguna de que estoy en el siglo XXXIII... —miró con un atisbo desfiante en sus anárquicas pupilas al que suponía Superior Máximo del mundo androide adonde acababa de desembocar, inquiriendo con manifiesta socarronería—. ¿Verdad, Worldowner? Porque supongo que es usted Worldowner, ¿no?

—¡Mira, Jason... —estalló Violeta proyectando su índice contra la figura femenina que se encontraba a la derecha del Superior Máximo—, es Kiowa!

—Ya la he visto, pequeña. Pero no interrumpas ahora, mujer... ¿Es que no te das cuenta de con quién estoy hablando?

—Conozco de tus ironías, Baxter, porque he viajado varias veces a tu era y he espiritualizado cerca de ti... En efecto, esto es el año 3237. Tu vida anterior ha quedado mil años atrás. Y paradójicamente, apenas te has movido.

Parpadeó.

—No entiendo...

—Sigues, seguís estando en lo que hace mil años era Washington Central D.F., capital alta de la República Federal de Nortiberoamérica. Hoy, en pleno siglo XXXIII, esto es el Corazón de

Seguridad del movimiento androide, presto a estallar para acceder a su destino hegemónico dentro de setenta y dos horas aproximadamente. ¡Ah!, sed bienvenidos.

—Gracias... Aunque supongo que nos esperabas, ¿no?

—En efecto, Baxter. En efecto... Fui yo quien intervino en los sistemas de compfutur del Centro Experimental de Investigaciones Futuras proporcionándole al licenciado Hal Balsan perspectivas reales de esta era con un contenido bastante ajustado a la realidad de lo que es y pretende el movimiento androide. También me encargué de interferir los procesos de la Unidad Matemática de Resultantes Electrónicas y Computadas, de manera que respondiera a las consultas efectuadas por Eddie Crawford a instancias de Balsan sobre las coordenadas físicas y psíquicas correctas en elevación humana que podían viajar al futuro... con vuestros nombres.

—¿Por qué los nuestros precisamente? —se interesó Baxter.

—Porque teníais que traerme a Kiowa, la Sacerdotisa Mayor. Nuestra Sacerdotisa Mayor. Kiowa es...

Explicó, ahora sin perder de vista al Space Temerary, con sus ojos de hipnótico verde clavados en la faz del otro, quién era realmente Kiowa Young. Por qué su interés de trasladarla a la época que en verdad le correspondía. Resumió, pues, la conversación telepática que poco antes había sostenido con la propia Kiowa.

—Dado tu poder te habría bastado con que las máquinas vomitasen el nombre de Kiowa Young —razonó Jason. Preguntando—: ¿Qué pintamos entonces Violeta y yo, aquí? ¿Por qué traernos a mil años después si nosotros estábamos viviendo en la época que cronológicamente nos correspondía?

—Porque me hacía falta un hombre como tú para llevar a término el experimento genial... androhumano.

Jason Baxter se llevó el índice de la diestra a la sien del mismo lado haciéndolo girar en torno a ésta.

—Tú estás loco, ¿no?

—No... Tu cerebro quedará convertido en el de uno de nosotros, de un perfecto, equilibrado e inteligente androide. Vamos no obstante a respetar tu físico, muy especialmente los genitales, para que puedas procrear. He pensado que el primer androhumano de gestación proceda del contacto físico entre tú y nuestra Sacerdotisa Mayor.

—¿Kiowa...? —la doctora de piel betún además de la boca para pronunciar el interrogante, abrió mucho los ojos. Estaba claro que el año 3237 seguía siendo una celosa incorregible.

—Kiowa —repitió Worldowner.

—¡No lo consentiré!

—¡Lleváosla —gritó a su vez el Superior Máximo, dirigiéndose a los dos gigantones que proseguían allí, alejados prudentemente, eso sí, del atrio donde se aposentaba el máximo poder de la cercana Primera Epoca de la Hegemonía Androide.

Baxter, consciente de lo que podía significar aquel: «¡Lleváosla!», sabedor de que Violeta Rivas podía desaparecer dentro de los ojos de uno de aquellos monstruos robóticos para no regresar quizá jamás, estalló conminatorio:

—¡Un momento!

—¿Qué ocurre? —quiso saber el Superior Máximo.

—Acepto tus condiciones pero...

—No tienes otra alternativa, Baxter.

—¡Te equivocas, Worldowner! —exclamó con énfasis el Space Temerary. Explicándole—: Tu poder no es tanto como imaginas porque estoy facultado, sin que puedas hacer nada para impedirlo, para provocar mi autodestrucción. Y también la de... Kiowa, tu Sacerdotisa Mayor.

—¡Estúpido!

—Tú lo has querido, Worldowner —anunció sentencioso. Gritando segundos después—: ¡Kiowa! ¿Observas bien lo que hay dentro de mis ojos? Mira al fondo de ellos...

—¡No lo hagas, pequeña! —se desesperó Worldowner—. ¡Trata de especular con una maniobra de ilusionismo!

—Sus ojos me atraen, mi Superior Máximo...

—Sea lo que quieres, Baxter. Pero sé consciente que si destruyes a Kiowa o la empujas a destruirse con un malabarismo psíquico, tú y la doctora pereceréis también.

—Lo sé, Worldowner. Y como tú necesitas a Kiowa con vida y yo a Violeta, ha llegado la hora de pactar sobre un tablero que arroja, por el momento, tablas. Empate. ¿Me entiendes?

—Sí... ¿Cuál es tu alternativa?

—La vida de Viólela Rivas. Y que me concedas una tregua de media hora para convencerla a ella de que no tenemos más remedio

que someternos a tu poder.

—Bien... Sea. Pero si intentas algún truco o estás maquinando alguna añagaza, el fin será vuestra muerte. Y me mostraré inflexible aunque me vea obligado a prescindir, por el momento, de mis experimentos androhumanos. Mis hombres os conducirán a una sala de reclusión y seguridad. Sólo media hora de tu tiempo, Baxter.

—Entendido, Worldowner. Espero que sepas cumplir tu palabra.

—Es la tuya, humano, la que en realidad ofrece dudas. Porque uno de los altares a los que vosotros rendís pleitesía es el de la falacia y la traición. Ese es uno de los motivos que han activado nuestro movimiento: desterrar del mundo esa extraordinaria capacidad de mentir, odiar y matar que tenéis los humanos. Con el inicio de la Hegemonía Androide la Tierra caminará hacia millones de siglos de existencia ordenada y pacífica.

—Previo genocidio, claro.

—¡Llevadles a una sala de reclusión y seguridad donde deberán permanecer treinta minutos de cronómetro!

Los centuriones robóticos saludaron brazo en alto:

—¡Gloria y honor a Worldowner!

Luego buscaron con sus ojos fríos las figuras de Violeta y Jason.

—¡EH, UN MOMENTO! -gritó el hombre, corriendo para encararse con una silenciosa y aparentemente triste Kiowa—, ¡DE ESO NADA! Nada... o la obligo a ella a destruirse.

—Llevadlos caminando —ordenó a sus guardias el Superior Máximo.

CAPITULO VIII

—¡Jason! —gritó, exaltada, Violeta, en cuanto quedaron solos en aquella extraña estancia en forma circular en la que les resultaba difícil mantener el equilibrio—. ¿Es que te has vuelto loco? ¿A qué viene eso de que tienes capacidad para autodestruirte o provocar la destrucción de Kiowa? ¡Jason, Jason, estamos jugando con nuestras vidas! Estás jugando...

—Estoy jugando a salvar nuestras vidas, pequeña. ¿No lo entiendes?

—¡Por Cristo vivo que no!

—Worldowner no es más que un androide...

-¿Y...?

—¡Hay cosas que no cambian y no cambiarán nunca por millones de años que pasen! —Baxter también hablaba con agitación. Tratando de calmarse, continuó—: Sabe que tiene un relativo poder pero entiende al mismo tiempo que su aparato pensante es inferior al mio por la razón simple de que el suyo atiende a unas características más o menos exactas y depuradas, pero que proceden de una realidad mecánica, técnica y cibernética, ideada y puesta en práctica por el ser pensante. Worldowner es consciente de que mi psiquis es altamente poderosa, le teme al hecho de que pueda desarrollar toda su fuerza...

—¿Hablas en serio, Jason?

—Sí. Tengo poderes parapsíquicos. Por esa razón en la NASA actué en experiencias que jamás salieron a la luz pública como fue la de viajar con la mente a distancias superiores a los mil años luz para traer imágenes que sirvieron para el estudio de los técnicos. Cada vez que hacía eso me estaba jugando la vida porque corría el riesgo de que mi psique no se integrara en la envoltura física en el momento convenido ocasionándome, entonces, la muerte. Ahí nació mi apodo de Space Temerary, aunque todo el mundo llegó a suponer que eso se debía a mi valor físico, a mi arrojo...

—¡Jamás lo hubiera imaginado!

—Ni yo te lo hubiera dicho de no mediar las extremas circunstancias que nos rodean.

—¿Qué vamos a hacer, Jason?

—Cumplir la misión que nos ha traído aquí. Violeta…

—¿Sí?

—Ellos pueden vernos y hasta oírnos, por lo cual, a partir de este momento voy a pensar dentro de ti. Tienes que mantener tus ojos muy fijos en los míos para poder escuchar todo lo que voy a decirte. ¿Entiendes?

—No muy bien. Pero obedeceré al pie de la letra.

A partir de este momento los labios de Jason Baxter permanecieron pegados componiendo una línea recta imperturbable y dura mientras su cerebro desarrollaba una fuerza tal de traslación y contacto al de ella, que Violeta experimentó al principio un fortísimo dolor de cabeza.

—Vamos a fingir amarnos, pequeña. Y mientras estamos muy juntos tú, despacio, con las uñas, arrancarás a partir de mi clavícula, el pecho sobrepuesto de aluminio que entre él y el mío físico, esconde un pequeño arsenal de armas atómicas. Pero todo eso, prenda, lo hemos de hacer desnudos y muy metidos, físicamente, el uno dentro del otro. Piensa que es nuestra última oportunidad, porque no todo podemos fiarlo al poder de la mente.

También la negrita le contestó con el pensamiento:

—No necesito justificarme con nada para desear que me ames y enloquecer amándote, Jason.

—Es justo lo que no quiero, que enloquezcas.

—¿Pretendes que te sienta penetrar en mí manteniendo el cerebro frío?

—Exactamente, preciosa. Porque mientras yo te poseo irás extrayendo las piezas ocultas y montando una serie de instrumentos bélicos que decidirán la jugada final. Se trata de dos pistolas atomizadoras, dos termodestructores láser y un fusil inmovilizante. Luego, al tiempo que nos vestimos procurando distanciarnos lo mínimo, nos repartiremos el arsenal por el interior de nuestros trajes.

—¡Dios nos ayude!

—Falta nos hará. ¿Dispuesta?

-Sí...

CAPITULO IX

Media hora después, exactamente, fueron devueltos frente a Worldowner.

En la misma extensión incalculable de espacio donde les fuera dado a ver con anterioridad.

—Ha llegado el momento de que cumplas tu palabra, Jason Baxter.

—¿Quién me garantiza que respetarás la vida de Violeta Rivas?

—¿Acaso no te he demostrado que soy fiel a mis decisiones? Te he permitido esa media hora de intimidad…

—En la que nada arriesgabas —le cortó el Space Temerary— porque hemos estado bajo control visual y auditivo. Te ha servido como preámbulo para confiarme. Pero yo sé que la verdad de tus intenciones es utilizar a Kiowa —ella seguía sentada a la derecha de Worldowner, con su expresión apenada de antes, inclinados los ojos como rehuyendo intencionadamente los de Jason Baxter. U obedeciendo, quizá, órdenes perentorias de eludirlos— para los propósitos de consolidación de tu hegemonía, a mí para ese experimento androhumano y... deshacerte de Violeta.

—¡He dicho que respetaré su existencia y eso ha de valerte, mi incordiante humano!

—Necesito algo más, Worldowner. Una garantía material, fiable.

—No se me ocurre... ¡Se me ocurre que no tienes más opción que obedecerme! Serás trasladado al laboratorio donde mis expertos en cirugía psíquica procederán a mutar tu cerebro por el de un androide.

—Vas a obligarme a que proceda sobre la mente de Kiowa...

Ella, la preciosa cobriza de epidermis aceitosa y exóticas facciones de singular encanto, con despacho en su época a la que según Worldowner había accedido anticipadamente de astróloga y futuróloga, amén de técnica en mediciones espaciales algebráicas, alzó ahora el rostro para estrellar sin recato sus pupilas, aquellas enormes y vivísimas pupilas de tonalidad almendra, en la faz de Jason Baxter.

El, pensó que Kiowa le estaba mirando sin verlo en realidad.

—¡Aparta tus ojos de los suyos! —se desesperó el Superior Máximo—. ¡Me consta que tiene poderes.

La india procedente del año 2237 a la era que de acuerdo con los oráculos y el Testimonio de la Vida Androide le correspondía cronológicamente se elevó, inesperadamente, del fondo de su asiento, ofreciendo una mueca crispada.

Su mano avanzó sobre el cuerpo atlético de Baxter, gritando hasta la exasperación:

—¡ESTA ARMADO, WORLDOWNER! ¡LLEVA ARMAS BAJO EL EQUIPO DE VIAJAR AL FUTURO, MI SUPERIOR MAXIMO!

—¡Maldición! —aulló a su vez Worldowner, brincando también.

-¡DESTRUYELE, SUPERIOR MAXIMO! -seguía desgañitándose paroxísticamente Kiowa, perdiendo belleza en aquella serie de rictus estremecedores que oprimían sus facciones—, ¡DESTRUYELOS A LOS DOS!

—¡Estúpida del infierno! —bramó desesperada, fuera de las órbitas sus ojos tan negros como la misma noche final que parecía avecinarse sobre ellos, Violeta Rivas. Y extrayendo con velocidad inverosímil de debajo de su traje a través de una rotura deliberadamente efectuada la pistola atomizadora, enfocó el cañón contra el cuerpo de la Sacerdotisa Mayor de la Primera Epoca de la Hegemonia Androide. Sentenciando—: ¡MUEREEEEEE!

Worldowner, de un salto, trató de interponerse en la línea de tiro, gritando:

—¡NOOOOO!

No, desde luego.

No llegó a tiempo.

Fue mucho más rápido el rayo destructor que vomitaba con esquirlas y chispazos rojoanaranjados el arma accionada por la negra, que el intento del Superior Máximo.

Kiowa Young, la mujer que finalmente había llegado a su época dentro de un rocambolesco entorno de procedencia, desapareció en el interior de una nube negra de la que no quedaron, segundos después, ni cenizas tan siquiera.

Worldowner, el androide que había levantado a sus congéneres hacia la rebelión, el hombre que pretendía millones y millones de años de paz y orden bajo la hegemonía de los suyos, se quedó atónito, pasmado, contemplando el espacio etéreo que fracciones de segundo antes había ocupado la presencia física de aquella Sacerdotisa Mayor que tanto le costara arrebatar al pasado donde por error naciera.

Revolviéndose hacia los humanos, escupió:

—¡Ahora veréis! ¡A mí la legión robótica!

Cayeron, sí, de arriba.

Centenares de robots.

Jason Baxter los vio situarse frente a él con mecánica agresividad, empuñando armas sofisticadas que habían de tardar breves instantes en reducirles a ceniza, en enviarles al paraíso de la oscuridad y el silencio cuya puerta les mantendría abierta, sin duda, Kiowa Young.

Pero mientras esos pensamientos cruzaban su mente a velocidad de vértigo, supo también donde estaba la salvación, la única posibilidad de obtenerla.

WORLDOWNER...

Si desaparecía de allí como estaba intentando hacerlo, todo habría terminado para Violeta y él.

Cerró los ojos apretando los párpados con violencia inusitada para provocar un esfuerzo psíquico, para aguzar su poder al máximo como hacía años no realizaba.

—Debo ir... Mi mente tiene que abandonarme y salir al encuentro de Worldowner... Es necesario que vaya... ¡AHORA!

El cuerpo de Jason Baxter quedó por completo paralizado e insensible a cualquier acción violenta que pudiera desarrollarse contra él, a partir de aquel instante en que su psiquis había partido en veloz trazado al encuentro de Worldowner.

—¡Detente!

—¿Quién me habla? —el Superior Máximo, asombrado y presa de! pánico, se detuvo.

—Soy Jason Baxter... Estoy en ti.

—¡Mientes, imbécil! Es un amago de ilusionismo con el que pretendes confundir mi programación engramática.

—Voy a hacerte estallar, Worldowner. Incendiando ese montón de alambres que llevas dentro de tu cabeza mecánica.

—¡Eso no...! ¡Eso no lo hagas! ¡Destruirás el génesis de la Hegemonía Androide!

—Vas a saltar hecho pedazos, hecho pedazos... HECHO PEDAZOS.

—¡Nooooooooooooo! —aulló Worldowner, paralizado, dándose cuenta que estaba inmóvil porque Baxter había anulado su fuerza motriz abortando por entero su capacidad de maniobra.

—¡AHORA!

Y coincidiendo con la última «A», con su eco que se perdió

dentro de los sensores programáticos y cibernetizados de Worldowner, se produjo el estallido.

El Superior Máximo de la Primera Epoca de la Hegemonía Androide reventó.

Reventó en el sentido más literal de la palabra.

Esparciéndose porciones suyas, pedazos, por los más lejanos rincones de aquella sala gigantesca, de dimensiones tales que a simple vista resultaban incalculables. Que se perdían fuera, muy lejos del alcance de las pupilas del ser humano en su lógica perspectiva visual.

Paralelamente a la destrucción de Worldowner fueron estallando, uno tras otro en alucinante barahúnda, aquellos engendros metálicos, fríos asesinos carentes de voluntad y criterio, que componían la legión robótica androide.

Violeta corriendo zigzagueante por en medio de aquella babel enloquecedora, fue hacia el punto donde se hallaba el cuerpo de Jason Baxter.

El... cuerpo.

La rigidez de su apariencia, aquella anormal inmovilidad, alertaron a la doctora de lo que realmente estaba ocurriendo. De que la mente de Baxter había abandonado su cobertura física para actuar en la destrucción de Worldowner que era, a la par, la del imperio androide que preparaba su rebelión hacia el poder y el finiquito parcial de la raza humana.

Supo, la negrita, que no debía rozar tan siquiera el cuerpo de Jason, hasta que no le viera cobrar movimiento.

Y eso la hizo experimentar un miedo terrible.

—Estoy integrándome, pequeña —percibió dentro de su cerebro la comunicación de Baxter—, Me faltan segundos para conseguirlo...

Un suspiro brutal de alivio y satisfacción huyó por entre los labios carnosos de grietas erotizantes llenas de húmedo aroma que poseía aquella negra rebosante de eros exótico, al ver que Jason venía hacia ella con los brazos abiertos ofreciéndole piotección y refugio.

—¡Vamos, Violeta —era la boca del Space Temerary la que ya proyectaba sonido—, hay que salir de aquí! ¡Esto estallará antes de lo que suponemos!

Apenas si la había recogido contra su torso cuando el suelo

empezó a presentar enormes grietas que amenazaban devorarles, abrir paso a la pareja hasta las tinieblas de sus marronáceas entrañas.

—¡Santo cielo! —y tras la exclamación de nerviosismo e impotencia, dijo Baxter con el poder de su mente—: Si nos está siguiendo desde el pasado, Elliot Lawson, si el Corazón Distancia emite coordenadas de ubicación... ¡ESTAMOS EN PELIGRO DE MUERTE! Es necesario que intente, aunque sea a la desesperada, retrotraernos.

—¿Qué estás haciendo, Jason?

—Intentando telepatizar con Lawson en el pasado.

—¡Eso es imposible!

—Ignoro lo que significa esa palabra, pequeña. ¡Pero hemos de salir de aquí como sea!

No pudo ser.

Porque los estallidos de los robots se encadenaron hasta alcanzar un clima caótico y la tierra, segundo a segundo, zozobró más y más bajo sus pies hasta terminar por abrirse del todo, definitivamente.

Cuando con el cuerpo abrazado de Violeta, Jason pugnaba por zafarse a la avaricia de marrón resquebrajado que amenazaba engullirles hasta el final de la existencia y los siglos, una señal, un débil registro tomó forma en su mente convirtiéndose, aunque lejano, en un mensaje telepático.

Este:

—Ignoro si resultará, Baxter... ¡pero voy a retrotraerles a mil años antes!

Sí, porque de los mil después, ya estaban hartos.

—¡Nos van a salvar, muñeca! ¡Lawson intenta rescatarnos!

Violeta Rivas estaba, prácticamente, exánime.

Entonces estalló todo.

Se produjo el fin.

Negruras.

Dolor.

Espacio.

Silencio.

Ese fue el mundo que percibió a Violeta y Jason.

Hasta que pasados muchos cientos de años, concretamente mil hacia atrás, escucharon como en la distancia una voz donde

temblando la emoción vivía la siguiente pregunta:

—¿Cómo... cómo se sienten?

A Baxter le costó mucho, muchísimo, abrir los ojos. Pero fue el primero de los dos en conseguirlo.

—¡Eh, por todos los diablos! A usted le conozco yo...

—¡Claro, Jason! ¡Soy Elliot Lawson! ¡El inventor del Pasillo del Tiempo Futuro!

—Si hubiera usted inventado lo que yo le diría... —censuró el Space Temerary con su anarquía de hábito—. ¿Puede saberse dónde estamos?

—En el año 2237...

—¡Eh, Violeta, cariño...! —sacudía cuidadosamente el cuerpo inerme de la hembra que seguía apretado entre sus brazos—, ¡Violeta!

Tardó varios segundos en murmurar, con los ojos aún cerrados:

—¿Qu...é ocur...re?

—¡Despierta, cariño! Voy a presentarte a un amigo.

—¿U...n amig...o?

—Sí. Anda, abre tus preciosos ojazos.

Obedeció al fin.

—¿Ves aquel señor que está cerca de ese túnel que parece una máquina de fotografiar?

Violeta Rivas hizo un notable y evidente esfuerzo para mover la cabeza en talante afirmativo.

-Sí...

—Es Elliot Lawson... ¡El inventor del Pasillo del Tiempo Futuro! ¡Hemos vuelto a casa, querida!

Movió muy tenue los labios para proferir un apenas audible:

—¡Aaah!

Y se desmayó de nuevo como si quisiera confirmar que se encontraba muy a gusto rodeada por los brazos de Jason Baxter.

Aquél miró a Lawson efectuando un significativo encogimiento de hombros.

—¡Mujeres...! No dejarán de ser nunca como son, profesor. Ni de estar tan buenas, claro.

F I N